

EMILIO DIEZ DE REVENGA

---

# SELGAS

POETA, NOVELISTA, SATÍRICO.....



MURCIA

IMP. SUCESTORES DE NOGUÉS

1915

BIBLIOTECA REGIONAL



1105031

DMU

1631

Tit. 9618



t  
9618

ESTUDIO  
SOBRE  
SELGAS

ES PROPIEDAD





*B. Maura del 1852*

*Jose Selgas*



R. 102-654



# ESTUDIO

SOBRE

# SELGAS

POETA, NOVELISTA, SATÍRICO.....

POR

**EMILIO DIEZ DE REVENGA Y VICENTE,**

DOCTOR EN DERECHO,

EX-ALCALDE DE MURCIA,

EX-JEFE DE FOMENTO DE ESTA PROVINCIA.



MURCIA

IMP. SUCESORES DE NOGUÉS

1915

PROCEDENCIA BIBLIOTECA  
CARLOS RUIZ-FUNES

Á LA MEMORIA  
DE LOS MURCIANOS ILUSTRES  
BENEMÉRITOS DE LAS LETRAS REGIONALES,  
QUE TIENEN, POR NUESTRO ABANDONO,  
FRIOS Y OLVIDADOS SUS SEPULCROS:  
RECUERDO CONSCIENTE  
DE HONOR Y DE PIEDAD.

## ADVERTENCIA PRELIMINAR

Este Estudio sobre Selgas fué materia de una Conferencia que precedida de breve exordio, leí en el Círculo de Bellas Artes de esta Ciudad el día 13 de Marzo último.

En el resurgir de nuestra vida local, hemos tenido el tino de confiar la orientación de la marcha de ese benemérito Círculo á la inteligente iniciativa del joven y cultísimo literato D. Vicente Llovera y Codornú: y al organizar él con evidente acierto la serie de Conferencias sobre asuntos murcianos que han sido para el elocuente *murcianista* D. Mariano Ruiz Funes, para el selectísimo escritor y artista D. Enrique Martí, para el ilustrado D. Francisco Pato y para el insigne maestro Baquero recuerdos de brillantes triunfos, casi al mismo tiempo que la invitación, recibí de puño y letra del Sr. Llovera la indicación del tema que se ofrecía á mi indecisa voluntad con todo el irresistible imperio de un compromiso de honor.

Porque, por notoria que fuera la pobreza de mis títulos y por intransmisibles que sean los merecimientos literarios, ¿como renunciar yó el intento de sublimar una

---

vez más, ante la representación de los artistas y literatos murcianos, la figura insigne de Selgas, honor de la literatura patria, gloria genuina de la literatura local, sagrado símbolo de veneración y culto en mi familia, adscrita á esa veneración de por vida y por juro de heredad?

Sean los motivos que me impulsaron á aceptar el tema y me mueven ahora á publicar este Estudio, bastantes á excitar la indulgencia de los lectores que me han de ver entrar en él con pasos de admiración y reverencia.

Murcia, Abril de 1915.

*Emilio Díez de Revenga*

## I

### LOS TIEMPOS DE SELGAS

Al terminar el primer tercio del pasado siglo una nueva reacción literaria, se había difundido y dominaba en las principales naciones de Europa. La poesía lírica que había encubierto el atractivo contagioso de lo prohibido, los donaires y los chistes, lo licencioso, lo picante y aun lo desvergonzado de los enciclopedistas y de los ingenios peregrinos de Voltaire, de Rousseau y de Diderot, en las formas irreprochables que recomendaban Boileau en Francia y Blair en Inglaterra, se alzó con atrevimiento potente á las cumbres del pensamiento y de la fantasía.

Lo fácil y lo somero de la filosofía francesa del siglo XVIII, yá se fundase en un vago deísmo, yá partiese de un materialismo radical: la falta de fé, la burla y el sarcasmo con que se había flagelado toda religión positiva, hicieron brotar una corriente de espiritualismo y resurgimiento de la antigua piedad, de que se hicieron eco sonoro y dulce no pocos poetas: y aun aquellos que no lograron expulsar de sí mismos el fermento de impiedad y de duda que les

enconaba el espíritu, en lugar de hacer alardes escandalosos, prorrumpían en amargas lamentaciones, en cantos de un pesimismo melancólico á veces, á veces desesperado, que tendrá para siempre honda expresión en las tristes estrofas de Bryon y de Shelley.

Como protesta viva y tenaz contra la poética amanerada del seudoclasicismo francés, como negativa de la afirmación que alcanzó gran boga de que los cuatro siglos de oro de la historia de la Literatura eran los de Pericles, Augusto, Leon X y Luis XIV, fuera de los cuales todo era plagio é imitación, surgió la sana tendencia de ensalzar lo popular y espontáneo, se puso la atención y el sentimiento en la propia poesía nacional y las baladas y los romances, las leyendas y los cantares populares, la exaltación de las bellezas naturales del país en que se había nacido, volvieron vigorosamente á la vida del Arte.

Alemania es el país en que con más empuje se manifestó esta revolución literaria. Su oposición al gusto francés fué muy anterior á las guerras nacionales y su potente espíritu de nacionalidad se manifestó no sólo contra la clásica mitología griega, sino contra la impiedad y el sensualismo, inspirando su protesta en el antiguo fervor cristiano que brilla en la Mesiada de Klopstock. Y á pesar del espíritu exclusivista del germanismo, el poeta Hérder convertía á la poética nacional las obras típicas de otras nacio-

nes, traduciendo aunque con amplia libertad nuestro Romancero del Cid y escribiendo su estudio sobre la poesía hebrea: y Tieck y los dos Schlegel sublimaron de tal manera la poesía de otros países que al mismo tiempo que nuestros afrancesados desdeñaban la personalidad de Calderón y Lope, la crítica alemana los encumbraba al merecido trono de su gloria.

Madame de Stael fué la introductora en Francia de este florecimiento de la Literatura; y vencido el Emperador y restaurados en Francia los Borbones, surgieron en esta nación varias direcciones literarias en las que prevalecía cierto carácter romántico, de las cuales proceden las obras de Chateaubriand, de Lamartine y de Musset que, infiltrándose en dos ó tres generaciones españolas, apartaron del estudio y de la admiración de los seudoclásicos, sensualistas, impíos y chocarreros del siglo XVIII, á que se habían dedicado muchos españoles, principalmente de las altas capas sociales, que simpatizaron con los invasores y que fueron tan duramente fustigados por Valcarcel, el Filósofo rancio y el Padre Ceballos.

Cuando se libraba en nuestra España tan ruda batalla entre los que cultivaban las ideas venidas de Francia y los que defendían con intransigencia y exclusivismo nuestra civilización castiza y propia: cuando los ejércitos de Angulema invadían nuestra patria para restablecer los poderes absolutos y echaba sus raíces el partido apostólico: cuando los espa-

---

ñoses divididos en dos bandos aclamaban unos al héroe de las Cabezas y otros al Mónstruo de la Revolución: por los años en que nuestra Ciudad se conmovía por el rumor de que Riego iba á lanzar sobre Murcia y Cartagena su desmembrado ejército, con el que había recorrido audazmente toda Andalucía, nació en Murcia (1) en el seno de honrada y modesta familia D. José Selgas y Carrasco.

---

(1) D. José Selgas y Carrasco nació en Murcia el día 27 de Noviembre de 1822. Fué su padre D. Juan Antonio Selgas y su madre D.<sup>a</sup> Josefa Carrasco. Tuvo seis hermanos. D. Francisco, Coronel de Artillería; D. Antonio, D. Juan, Inspector de Ferrocarriles; D.<sup>a</sup> Ana, casada con el notable médico murciano D. Manuel de Vicente Martínez; D.<sup>a</sup> Juana y D.<sup>a</sup> Trinidad.

## II

### EL POETA

Muy pocos datos característicos pueden memorarse de la niñez y de la juventud de Selgas. A los diez y siete años era escribiente en el Gobierno Civil de Murcia; á los veinte y dos cumplía bizarramente sus deberes de soldado y de patriota asistiendo al sitio de Cartagena, donde ganó la Cruz de San Fernando como Oficial de Milicianos movilizados. (1) A los veinte y ocho años, empezó á brillar su nombre en el horizonte de la Literatura nacional.

En este período se formó su personalidad de poeta.

Como nada sabemos de los estudios que realizara, salvo que cursó algunas enseñanzas del Seminario de San Fulgencio, es difícil averiguar el conocimiento que tuviera de la contienda en que clásicos y románticos se disputaban el imperio de nuestras letras, de la enconada lucha entre los encastillados en rancias y rigoristas tradiciones y los que se entregaban

---

(1) Desempeñó el cargo de Ayudante del General don José de la Concha. En 1845 administró en la provincia de Almería una fábrica de fundición de plata.

á todas las audacias del pensamiento. Ello es que, aprendido ó espontáneo, Selgas distinguió desde el primer momento de su ser literario, con admirable exactitud, el arte del artificio, lo verdadero de lo falso, la ingénua y fluida manifestación de los afectos y de las ideas, de la afectación é inanidad de la palabrería hueca: la altisonante separación de Lista entre el lenguaje poético y el natural y la deliciosa y lozana naturalidad de Jorge Manrique. Y aplicando sus nativas prodigiosas facultades á las bellezas naturales que le rodearon, rimó en lenguaje llano y corriente, las más originales y hermosas poesías de su tiempo.

Las hojas de su libro, de su gran libro de estudio fueron, sin duda, esas mañanas tibias y perfumadas en que alborea la hermosa primavera de nuestro país: desde cualquier ribazo de la vega, contemplaría extasiado el magnífico horizonte con las retinas henchidas de chispazos, de temblôres, de parpadeos de luz: contemplaría la naciente vegetación de nuestra huerta cuando se cubre con las cien mil tonalidades del color verde, cuando las gotas del rocío de la noche temblaran todavía blandamente al impulso de la brisa matinal, cuando el sol recién salido, regara con sus hilos luminosos el inmenso tapiz del valle, adornándole con dibujos inverosímiles de colores ardientes: y su oído, su penetrante oído de poeta, percibiría el sublime concierto de notas

dispersas que en ráfagas fugitivas conducen por el espacio las ondas vibrantes de las auras.

Para los que saben oír todos los seres de la creación están dotados de una voz que contribuye á la soberana armonía del himno que el Universo entona incesantemente á la gloria del Creador. Por eso, las tradiciones y las leyendas de todos los pueblos, cuentan que sus videntes é iluminados sabían escuchar el lenguaje de los seres infinitamente pequeños: y los libros religiosos de las antiguas civilizaciones dicen que sus sabios y nigromantes, en el reposo de las noches serenas, oían la concertada música de los astros cuando giran acompasadamente sobre sus ejes luminosos.

Por eso el antiguo panteísmo de Oriente creó la fantástica existencia de aquella divinidad monstruosa cuya voz es el trueno, cuyo aliento es el soplo del huracán, cuyo llanto es el gemir del agua en las fuentes y en los ríos, cuya mirada se reconcentra en el ígneo disco del sol, cuyo sueño está velado por la capa de nubes que la ocultan en las silenciosas tinieblas de la noche. Y el politeísmo de Occidente, creía en una legión de divinidades inferiores que hablaban dulcemente en las brisas de la mañana, que suspiraban con tristeza en los vientos de la tarde y que se irritaban cada vez que los mortales profanaban con su presencia los ritos y ceremonias que celebraban haciendo templo y morada de las grutas, de los bosques y de los lagos.

Fué preciso que el sentimiento de lo divino se amortiguara en el mundo, para que los sonidos de la naturaleza solo se atribuyeran al ruido de los cuerpos que chocan en danza brutal impelidos al acaso por una fuerza ciega y para que se negára que el gorgceo de las aves y el aullido de las fieras y el estruendo del torrente que se precipita en el abismo y el murmullo del céfiro que vaga entre las flores y el rumor de los árboles que gimen en el bosque y el zumbido de los insectos que doran sus colores en la lumbre del sol y el estallido del rayo que vibra en la tempestad y el furor magestuoso del mar que retumba soberbio... tienen un verbo que canta peremnentemente las excelencias del poder omnipotente de Dios.

De esta manera, como dice Luis de Granada, las criaturas y las cosas con que Dios pobló el Universo, no son más que «testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadoras de su gloria, despertadoras de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor y condenadoras de nuestra ingratitud.»

Así vió las criaturas y las cosas de la vida nuestro poeta.

En la naturaleza que él admiraba bajo el claro cielo de su patria no podían reflejarse los menguados errores de la mitología pagana, ni los romanticismos insinceros de los imitadores de Byron. Sus versos claros, ingénuos, no están forjados en el taller de la rima á martillazos de ruda labor: él se inclinó

sobre las flores y sorprendió su voz, de purísimo aliento, en los momentos en que erguidas sobre sus tallos, abren pudorosamente sus pétalos para recibir el casto beso de las auras y elevan al cielo sus aromas como un homenaje de amor.

La fuerza poética de las composiciones de Selgas no está en ideas que conmuevan, ni en pensamientos que subyuguen el ánimo, sino en la potencia imaginativa con que embellece las cosas naturales y en la pompa exhuberante con que adorna sus sentimientos. Sus versos no agitan el alma como los de Heine ó los de Leopardi: triunfa cuando extrae las ideas que anidan en las flores y esas ideas son el amor y la amistad, la gratitud y la modestia, el candor y la virtud.

Así fueron las primeras composiciones de nuestro poeta: versos que, como dice Luis de Leon del canto de las aves, son «un cantar sabroso no aprendido»: versos en que la sencillez se hermana con la sublimidad: versos en que parece que las palabras van derechas al alma sin pasar por el oído y en que el lenguaje se despoja de todo lo que tiene de material para ser expresión purísima del espíritu.

\* \* \*

Así eran las poesías que tímidamente entregó Selgas por el año 1850 á su amigo D. Antonio Arnao, joven murciano, más tarde notable poeta, que fre-

cuentaba en la Corte las reuniones literarias que presidía el ilustre D. Aureliano Fernandez Guerra. En una de estas reuniones que tenían ribetes ateneistas, donde se exponían doctrinas de los preceptistas literarios, se hacía la crítica de obras fundamentales del arte dramático y los concurrentes leían sus propias composiciones, sometiéndolas á la crítica y á las observaciones de sus camaradas, propuso Arnao la lectura de algunos de aquellos versos que Selgas le entregó: y con sencillez que revela su bondad, dijo las siguientes memorables palabras: «Si la cándida inspiración de los versos de mi paisano hablan al alma de ustedes como á la mía, si logran interesar á los que me escuchan, tendré una de las mayores satisfacciones que haya experimentado en mi vida»; y leyó el precioso idilio titulado «La Caridad y la Gratitude.»

Si me presta sus favores  
Precisa y fiel la memoria,  
Voy á contaros la historia  
De un arroyo y de unas flores.

Recuerdo que la lei  
Y ganó mi corazón:  
Pero, prestadme atención:  
La historia comienza así.

---

Por la rápida pendiente  
De una montaña sombría,  
Un débil arroyo huía  
De la furia de un torrente.

Despeñábase violento  
Y con rapidez tan suma,  
Que convertido en espuma  
Iba en las alas del viento.

De tan penoso camino  
El pobre arroyo cansado,  
Llegó á la margen de un prado  
De la montaña vecino,

Donde en diversos colores  
Alzando sus sueltos talles  
Formaban listas y calles,  
Mirtos, laureles y flores.

Y allí su planta ligera  
Detuvo, formó un remanso,  
Y apenas tomó descanso,  
Murmuró de esta manera:

¡Triste de mí! Mal intento  
Salvar mi clara corriente...  
Es poderoso el torrente,  
Y sigue audaz y violento.

Y entre sus ondas oscuras,  
Por breñas y peñascales  
Turbios irán mis cristales  
Perdidas sus ondas puras.

En vano de la montaña  
Abandono el lecho inculto...  
¡En donde, en donde me oculto  
De su poderosa saña!

Calló el arroyo, y sentido,  
Dice la historia, y pausado,  
Por los recintos del prado  
Se oyó volar un gemido.

Y al soplo de aura fieles,  
Doblando los sueltos talles,  
Abrieron sus mansas calles  
Mirtos, flores y laureles.

Y por callar el dolor  
Del arroyo y sus congojas  
Unieron sus verdes hojas  
Para ocultarlo mejor.

El, viendo tales favores,  
Y llorando de ternura,  
Se ocultó entre la espesura  
Que le formaron las flores.

---

Y por si el eco le asombra,  
Cuando el silencio reclama,  
Se tendió la verde grama  
Para servirle de alfombra.

Así el arroyo callado  
Salvó su clara corriente  
De la furia del torrente  
Entre las flores del prado.

Aquí, sin que la fatigue,  
Recuerda bien mi memoria  
Que haciendo punto la historia  
De esta manera prosigue:

Vieronse desde este día  
A las bienhechoras flores  
Lucir más bellos colores,  
Más pomposa lozanía.

Tan ricas y tan hermosas  
Eran, y tanto admiraban,  
Que de muy lejos llegaban  
Por verlas las mariposas.

¿Quién en el prado ha vertido  
Tanta gala y hermosura?  
La gratitud tierna y pura  
Del arroyo agradecido.

Sin ellas él no vería  
Su corriente tan serena:  
Y ellas murieran de pena  
Sin su dulce compañía.

Alentado Arnao por el interés con que se escuchó la lectura de esta composición, siguió leyendo y leyó lo que él denominaba *el retrato del poeta*, es decir el idilio, modelo de espontaneidad, gracia y donosura que se titula «La Modestia.»

Por las flores proclamado  
Rey de una hermosa pradera,  
Un clavel afortunado  
Dió principio á su reinado  
Al nacer la primavera.

Con majestad soberana  
Llevaba y con noble brío  
El regio manto de grana,  
Y sobre la frente ufana  
La corona de rocío.

Su comitiva de honor  
Mandaba, por ser costumbre,  
El céfiro volador,  
Y había en su servidumbre  
Hierbas y malvas de olor.

---

Su voluntad poderosa  
Por que tambien era el uso,  
Quiso una flor para esposa:  
Y regiamente dispuso  
Elegir la más hermosa.

Como era costumbre y ley  
Y por que causa delicia  
En la numerosa grey,  
Pronto corrió la noticia  
Por los estados del rey.

Y en revuelta actividad  
Cada flor abre el arcano  
De su fecunda beldad,  
Por prender la voluntad  
Del hermoso soberano.

Y hasta las menos apuestas  
Engalanarse se vían  
Con harta envidia, dispuestas  
A ver las solemnes fiestas  
Que celebrarse debían.

Lujosa la corte brilla,  
El rey admirado duda,  
Cuando ocultarse sencilla  
Vió una tierna florecilla  
Entre la hierba menuda.

Y por si el regio esplendor  
De su corona le inquieta,  
Pregúntale con amor:  
«¿Como te llamas?» — «Violeta,» —  
Dijo temblando la flor.

«¿Y te ocultas cuidadosa  
Y no luces tus colores,  
Violeta dulce y medrosa,  
Hoy que entre todas las flores  
Vá el rey á elegir esposa?»

Siempre temblando la flor,  
Aunque llena de placer,  
Suspiró, y dijo:— «Señor,  
Yo no puedo merecer  
Tan distinguido favor.» —

El rey suspenso la mira  
Y se inclina dulcemente:  
Tanta modestia le admira,  
Su blanda esencia respira  
Y dice alzando la frente:

«Me depara mi ventura  
Esposa noble y apuesta:  
Sepa, si alguno murmura,  
Que la mejor hermosura,  
Es la hermosura modesta.»

Dijo, y el aura afanosa  
Publicó en forma de ley,  
Con voz dulce y melodiosa,  
Que la violeta es la esposa  
Elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas,  
Ambos esposos se dieron  
Pruebas de amor manifiestas:  
Y en aquel reinado fueron  
Todas las flores modestas.

El ilustre crítico D. Manuel Cañete pidió á Arnao las composiciones de Selgas y las publicó en «El Heraldo,» con algunas líneas en que anunciaba, como él dice, «que acababa de aparecer en el cielo de la poesía española una estrella de clarísimo esplendor.»

La presentación estaba hecha. Bien pronto, á despecho de los que despreciaban el juicio autorizado de Baralt, Hartzembuch y otros maestros (1) que conocían las poesías de Selgas, cuajó la idea lanzada por el director de «El Heraldo,» D. José María de Mora, de publicar en un libro reunidas las inspiradas composiciones del poeta murciano: la iniciativa de la

---

(1) Refiere el ilustre crítico D. Manuel Cañete que D. Rafael M. Baralt, D. Juan Eugenio Hartzembusch y D. Felix de Uzuriaga, leyeron y celebraron lealmente en casa de aquel algunas de las composiciones del desconocido vate murciano.

suscripción con tal objeto propuesta, llegó á noticia del Conde de San Luis, Ministro entonces de la Gobernación del Reino, á cuya generosa solicitud tanto debieron las letras y las artes: el cual, refiriéndose á Selgas escribió estas palabras que debieran grabarse con marca de fuego en la voluntad de los que llegaran á las alturas. «El hombre que recibe tan bellas inspiraciones, bien merece la pena de que se le alienate: y pues ingenio tan modesto ha carecido hasta ahora de ancho espacio donde volar, abramos desde hoy á sus alas más dilatados horizontes: Animar á los jóvenes de corazón y entendimiento: buscarlos donde quiera que se encuentren: estimularlos á ser grandes y virtuosos, debe ser la divisa de nuestro partido: bastante ha predominado en otros el favor: predomine en nosotros la justicia: no reusemos á los hombres de mérito los oficios de amigos y admiradores: lo que no podemos hacer en un día, procuremos hacerlo en un año. De este modo llegarán tiempos en que ningún verdadero valer podrá quejarse de no haber siquiera obtenido una parte de la recompensa merecida» (1).

---

(1) Estas palabras las escribió el Conde de San Luis, á D. José Juan Navarro una de las personas que con más interés le hablaron del poeta desconocido, al mismo tiempo que aplaudía al Director de «El Heraldo» D. José María de Mora por su iniciativa de que se imprimieran los versos de Selgas y se suscribía por 100 ejemplares de «La Primavera.»

Así habló de Selgas el ilustre Sartorius.

Vosotros, artistas y literatos murcianos que mantenéis las tradiciones de las Artes bellas de nuestro país. Vosotros, que sentís en vuestras almas la noble vocación del Arte, quizá en vuestro espíritu el chispazo del genio, de seguro en vuestra voluntad la llama del amor al trabajo: vosotros, para quienes la fortuna ha podido ser, como lo fué para Selgas, más pródiga en aptitudes que en medios de redimirlas de una vida oscura y mediocre, dirigid conmigo un recuerdo de gratitud hácia el procer insigne y juzgad de la impresión que en el ánimo del poeta novel se habría de causar al recibir la siguiente carta:

«Muy Señor mío, (le decía el Conde de San Luis): He leído con placer algunas de las composiciones poéticas que forman parte de la preciosa colección á que ha dado V. el título de «La Primavera,» tanto por la delicadeza y buen gusto que en ellas resaltan, cuanto por que descubre dotes que cultivadas con esmero y espaciadas en mayor teatro que el de una capital de provincia, podrán dar gloria á V. y lustre á la Musa española de nuestros tiempos. Deseoso de contribuir á la realización de esta idea: amante de los jóvenes en quienes la modestia reside hermanada con el talento y sabedor de que V., más rico en ingenio y en virtudes que en bienes de fortuna, desea ensanchar en Madrid el círculo de sus conocimientos y procurarse una subsistencia decorosa, tengo el gusto de

ofrecer á V. mi amistad, animándole á que venga desde luego á esta Corte donde cuidaré de que encuentre V. ocupación compatible con sus estudios y aficiones.»

En forma tan delicada y tan noble, no por la altiva protección de un Mecenas, más bien por la cariñosa solicitud de un amigo, fué elevado Selgas desde su posición oscura al mundo de la esperanza y de la gloria.

A los pocos dias residía en Madrid, desempeñaba un cargo de Auxiliar en el Ministerio de la Gobernación y hacia su aparición personal en el mundo de las letras.

\* \* \*

Dice D. Pedro A. de Alarcón (1) relatando el entusiasmo que produjo la aparición del libro de «La Primavera» en que se concentraban la frescura y lozanía de la naturaleza, los primores del ingenio y los principios de una saludable filosofía, que la nación entera se aprendió de memoria algunas de aquellas poesías. Apesar de la inopia que han padecido siempre las aficiones literarias de gran parte de nuestro público, en España aunque con menos intensidad que en Francia, se estaba verificando el paso desde el

---

(1) Prólogo de la Edición de Obras de Selgas: primer Tomo, «La Primavera» y «El Estío.» 1.º Septiembre de 1882.

gusto de Imperio al gusto saturado de nerviosidad y sentimentalismo de la Restauración; y nuestro joven poeta, encarnó en estrofas deliciosas esas aspiraciones de su tiempo trocando en España las cuerdas de la lira mitológica por las fibras del corazón humano. Sus versos eran amor y religión, presentimientos de vida futura, alegrías y lágrimas, desfallecimientos y esperanzas.

Uno de los veneros que quedaron más exhaustos é infecundos ante las negaciones del siglo XVIII fué el amor humano, entregado casi por completo, á las frivolidades de madrigales libertinos y galantes devaneos. Para la poesia de Selgas, el amor es una efusión platónica que se eleva y se exalta hasta el santuario de la divinidad... Las almas de los enamorados rien y gorjean en los purísimos cálices de las flores y en las voces armoniosas del ruiseñor del bosque, y ascendiendo unidas sobre las alas de una pasión impoluta, se confunden y mezclan en el seno de Dios.

Al mismo tiempo que rendía este culto al amor que, como á Lamartine, le conquistó los corazones de las mujeres y de la juventud, simboliza en los objetos inanimados para los demás, las virtudes, los vicios, las pasiones y los dolores humanos: pero este símbolo es puramente espiritual, no tiene rastro de panteísmo: la planta, la flor, la fuente, el arroyo y el árbol no toma forma divina ni humana: sus alegorías es-

tán ungidas con la savia fecunda de la moral evangélica.

Continuación de «La Primavera» fué la colección de versos titulada «El Estío.» Tras de las ilusiones que hicieron remontar la fantasía del poeta por el hermoso cielo de la felicidad, viene la madurez de su vida con la inevitable cohorte de desengaños. Tiernamente lo dice en la Introducción á «El Estío.»

Donde están los perfumes y las flores  
Que ante mis ojos desplegar solía  
La risueña estación de las amores?

Estas escasas lágrimas que lloro  
Son en fé de mi eterna despedida.  
Huyó mi ensueño de jazmín y de oro,  
Murió la primavera de mi vida.

Pero jamás los versos de Selgas pierden el dulce rocío de la resignación y de la paz: sus dolores y sus quejas no tienen los dejos amargos de René, ni los tedios de Werter. Es un creyente, un alma espejo, nacida para consolar: sensible y espontáneo, á todos los dolores de la tierra, á todas las llagas de la humanidad lleva la fragante esencia de las flores amasadas á veces con sus lágrimas. Más su tristeza, su melancolía, es dulce y reposada como el atardecer de un día sereno,

---

Suspiros de los ángeles,  
Alma del alma mía,  
Incomprensible espíritu  
Dulce melancolía  
Amiga del dolor.

Sobre tus alas trémulas  
Lleva mi pensamiento:  
Dame á beber tus lágrimas  
Se templará un momento  
La fiebre de mi amor.

Y no solo sentía el poeta la melancolía de los propios dolores: la del dolor ageno, la de la lucha social, eterna y permanente, entre los de arriba y los de abajo, entre los poderosos y los humildes, le hizo prorrumpir en el más sublime apólogo que inspiró la Musa española, en aquél incomparable soneto, digno de la pluma de Santa Teresa y de los místicos arrobamientos de San Juan de la Cruz, titulado «El Sauce y el Ciprés.»

Cuando á las puertas de la noche umbría,  
Dejando el prado y la floresta amena,  
La tarde melancólica y serena,  
Su misterioso manto recogía,  
Un macilento sauce se mecía,  
Por dar alivio á su constante pena,  
Y en voz suave y de suspiros llena,  
Al son del viento murmurar se oía:

¡Triste nací... Más en la tierra moran  
Seres felices, que el penoso duelo,  
Y el llanto oculto, y la tristeza ignoran!

Dijo, y sus ramas esparció en el suelo.  
¡Dichosos! ay ¡los que en la tierra lloran!  
Le contestó un ciprés, mirando al cielo.

Estas claras y transparentes composiciones de nuestro poeta, ¿tienen un hondo sedimento de filosofía?

Las flores que se cuentan sus amores en deliciosos coloquios, el ciprés que nos señala el cielo como única mansión en que se redimirán las injusticias sociales y se satisfarán las inefables nostalgias del espíritu: las alondras que se remontan en el espacio, suben á lo alto y bajan después al valle para advertir á las flores que viven desterradas de su patria verdadera, ¿son juegos de palabras, combinaciones de la métrica, sin transcendencia ni sentido filosófico?

Nombrar la Filosofía es para el vulgo imaginar una matrona, grave y sentenciosa, de recias gafas y blanca cabellera, inaccesible á los aspectos sencillos de la vida. Y no es así: la Filosofía no tiene hosca la faz ni la mirada torva. Es una gran señora, que inquiere y analiza las causas de todos los seres y de todas las cosas, hasta donde la inteligencia humana puede y debe alcanzar. La Filosofía no es por tanto, más que el imperio efectivo de la razón: y ese imperio es tan intenso, que si el artista y el poeta buscan,

---

como buscó Selgas, las vibraciones del ideal en las cuerdas del sentimiento, y en el arcano de la naturaleza la fuente santa de la inspiración, la razón le conduce á una concepción fundamental de la belleza, realidad increada, ley de leyes y principio de principios: y esa es la Filosofía: la razón que clama en el fondo de la conciencia y que anhela siempre más, siempre adelante, siempre más alto, siempre más hondo, siempre más cerca de los arquetipos increados, siempre más cerca de Dios.

Así el poeta, después de cantar las hermosuras de la «Primavera» y del «Estío,» en un encantador parabolismo filosófico, reconcentra las tristes enseñanzas del vivir en sus «Flores y espinas.» Ha adquirido la ciencia de la vida y escribe:

Vanidades de la tierra,  
Fugaces pompas del mundo,  
Glorias que el tiempo consume,  
Placeres de amargo fruto:  
Quimeras que fugitivas,  
Pasan en rápido curso,  
Ciencia que hasta Dios levanta  
La arrogancia de su orgullo:  
Ansia que la vida enciende,  
Fuego que apaga el sepulcro:  
Poder, riqueza, hermosura:  
Aire, sombra, polvo, humo.

Además de su sano y honrado filosofismo, tuvo Selgas una condición sobresaliente de poeta social, de poeta que une: la religiosidad que impregna su obra poética, desde aquellos versos de la Introducción á «La Primavera,» llenos de feliz optimismo,

Bellos los años son, bella es la vida,  
En aquella feliz edad de flores,  
En sueños de inocencia adormecida.

Virtud, dame tu fé, dame tu aliento,  
Olvida mis pasados desvarios,  
Brille en mi corazón tu sentimiento,  
Brille en mi vida y en los versos míos,

hasta aquella octava final de «El Estío,» en que exclama recogién dose en sí mismo,

Noche serena y misteriosa, en donde  
Dormido vaga el pensamiento humano.  
Todo á los ecos de tu voz responde.  
La mar, el monte, la espesura, el llano.  
Acaso Dios entre tu sombra esconde  
La impenetrable luz de algún arcano:  
Tal vez cubierta de tu inmenso velo  
Se confunde la tierra con el cielo.

La religiosidad de las poesias de Selgas, no es de

polémica: se aquilata en la paz, se diluye en la intimidad de sus afectos, sale por las puertas de su alma como oblación pura, como efusión sincera de creyente: por eso sus versos quedan dulcemente adheridos al corazón por un sentimiento perenne que no puede destruir la moda literaria. Selgas es simpático, no al estilo picante de Campoamor, que escandalizaba á las gentes timoratas, ni al estilo romántico de Becquer que hacía latir apresuradamente los corazones femeninos: si no como es simpático un caballero, noble y apuesto, algo melancólico, que tiene sentimientos puros en el corazón y tenacidad de oro viejo cristiano en el carácter.

No obstante, se ha dicho que los versos de Selgas pasaron de moda. Y en efecto: para las generaciones que él fustigó en sus magníficos tercetos al Siglo XIX: para los que creen despreciable la hermandad entre la belleza poética y la belleza moral: para los que no saben llorar, como iloró Alfredo de Musset la soledad interior de su espíritu que le hacía impetrar á gritos el consuelo de creer, por que el consuelo de creer... es el consuelo de amar: para los que no saben que Renan que había perdido la fé, al fin y al cabo proclamó que el hombre no está en lo verdadero si no cuando cree hallarse destinado á lo infinito: para todos ellos, la poesia de Selgas habrá sido un relámpago de pasajera belleza. Pero mientras á la Musa española le sea permitido revelar en purísimas estro-

fas las mociones de la vida interior, el tejido inconsutil de las vibraciones del alma encendidas en el fuego de la inspiración y de la fé, las poesias de Selgas no se olvidarán.

¿Qué corazón enamorado, cuando dirija á su amada los tímidos reclamos de su amor, olvidará jamás la figura ideal de Laura, cruzando el valle á la luz indecisa de la mañana y posando al pasar sobre la frente del poeta, el beso de los castos amores?

Vosotros los jóvenes, los soñadores, los enamorados, los poetas de esta generación que ahora viene á la vida,

¿No conoceis á Laura?. No habeis visto  
La dulce risa de sus labios rojos,  
Ni la tierna inquietud con que dilata  
La luz fecunda de sus negros ojos?  
Su semblante es de amor: en él retrata  
La fé de su ternura;  
Tiene de paz y bien el alma llena:  
Pálida es su hermosura,  
Pero es la palidez de la azucena.

¿Y qué amante desdeñado por su desventura, no entonará con el poeta la doliente serenata de sus desengaños?.

Niña de casta frente  
De labios rojos,  
Todo el sol del estío  
Brilla en tus ojos.  
Flor delicada,  
Aun más hermosa fueras  
Enamorada.

Honda sed me devora  
Y es sed de amores,  
Que no apaga el rocío  
Que hay en las flores.  
Duermes en calma,  
Y el fuego de tus ojos  
Arde en mi alma.

Un angel tu sonrisa  
De gracias llena,  
Tus pálidas mejillas  
Son de azucena.  
Tu aliento aroma,  
Tu voz es el arrullo  
De la paloma.

Y ¿qué padre, cuando contemple embelesado en brazos de su dulce compañera al hijo que ha despertado en su corazón sentimientos nunca sospechados, no se dirá con el poeta?;

Tengo yó un angel tan bello!  
Con unos labios tan rojos!  
Negros, muy negros los ojos.  
Rubio, muy rubio el cabello.

Y por último. ¿qué madre podrá haber, que después de experimentar, traspasada de dolor, la terrible visión de «la cuna vacía» no tenga para siempre en el oído aquel rumor celestial que se produjo cuando,

Batieron los ángeles  
Sus alas de oro,  
Suspendieron al niño en los brazos  
Y se fueron todos.

No. La bellezas de las poesias de Selgas no se extinguen. Ellas representarán por siempre sentimientos sublimes de la naturaleza, recuerdos virgilianos depurados en el cendal del pensamiento cristiano, amores profundos impregnados de aromas de sacrificio: resignaciones ejemplares saturadas del incienso de la virtud. Filosofía, filosofía de poeta que eleva su corazón y su conciencia más alto que las miserias terrenales. Y cuando los versos son así, según la frase de Gautier, «LOS VERSOS PERSISTEN MAS FUERTES QUE LOS BRONCES.»

### III

#### EL NOVELISTA

Más abundante y fecundo que como poeta, fué Selgas como novelista y escritor satírico.

Decía Lamartine que un hombre que al cabo de sus días no hubiese hecho más que rimar sus ensueños de poesía, mientras sus conciudadanos riñesen la gran batalla de la patria y la civilización, no habría hecho otra cosa que divertir á la gente... No es de creer que Selgas suscribiera esta opinión. Pero es cierto que la mayor parte de su labor literaria la realizó en novelas y estudios satírico-sociales.

Probablemente Selgas no estudió la novela en sus orígenes, ni en su histórico desarrollo. Ni el concepto de la novela en la antigüedad clásica, ni los temas del Ciclo carolingio, ni las influencias de Boccaccio y Eneas Silvio en la novela sentimental, preocuparían gran cosa á nuestro poeta cuando escribía sus primeros cuentos y vaciaba su pensamiento en las amenísimas páginas de «La Manzana de Oro.»

Selgas no se había formado en los libros. Cuando escribía novelas era un poeta que poetizaba ese género literario.

Por eso pinta la vida á través de una serie de acciones generosas: sus novelas son alegatos á favor del corazón, inspirados en los más puros sentimientos. Para Jorge Sand el amor es el héroe de todas las novelas: en siendo amor le parece bello, santo, sublime, por sí mismo: Selgas, asienta el amor por encima de todas las pasiones en una región sublime, sobre un trono donde brilla como luz de esperanza y de consuelo. Las mujeres de Jorge Sand inspiran la pasión que enamora locamente. Las mujeres de Selgas inspiran el deseo... de casarse con ellas.

Pero hay que reconocer que cuando los personajes de las novelas dan buenos ejemplos, disminuyen el número de sus lectores. Es lamentable, pero es cierto, que si el novelista se atreve á retratar una seducción, es de más seguro éxito contar el progreso, el ardor, las embriagueces del amor, que pintar los infortunios, la desesperación y el remordimiento.

El mérito principal de las novelas de Selgas es la verdad de sus caracteres y de sus descripciones. Y esto es tan primordial en la novela que ni el lenguaje, ni el estilo, ni la originalidad de la acción, ni la variedad de los lances, le supera en importancia. La novela vive esencialmente de caracteres y descripciones, hasta punto tal que una novela puede ser muy buena con muy poca acción. Así sucede con las apacibles composiciones de Walter Scott y con la mayor parte de las entretenidas escenas de costumbres del

maestro Balzac, cuyos argumentos caben holgadamente en una cuartilla de papel. Mucho nos deleita la relación de las aventuras de Don Quijote, pero donde resalta la mano magistral de Cervantes, es en la lectura de los inimitables diálogos que delinean los caracteres del sublime loco y del socarrón escudero.

En las novelas cortas de Selgas—«Rayo de Sol»—«Dos Muertos Vivos»—«La Mariposa Blanca»—«El Saludador»—«El Corazón y la Cabeza»—«Un Rostro y un Alma,»—lo mismo que «El Angel de la Guarda» y «Una Madre,» cuanto constituye la acción podría expresarse en poquísimas palabras: y no obstante, mantienen en todo momento el interés y el embeleso del lector, por la encantadora verdad de las descripciones, por la ingeniosa amenidad de los diálogos, por el conocido sello de vida que ostentan todos los personajes, desde el Saludador de la Casa Alta, hasta la infeliz y abnegada madre de Rosalía.

La más sugestiva, la más completa de todas sus novelas es Nona. La segundona de la casa de los Cañizares y Pachecos, es otra fragante violeta del huerto de la inspiración de Selgas, que oculta su belleza y su bondad entre las hojas del libro. Aquel idilio pueril en que nos presenta á Martín Cañizares y á su prometida la virtuosa María de la Paz, está trazado de mano maestra: la picaresca escena que le hace á ella saltar apresurada del peral, encarnada como una amapola, tiene un realismo encantador,

exento de todo ribete pecaminoso: las escenas de la romería están descritas con singular precisión y energía y huelen al romero y al tomillo de nuestra sierra: y el discurso del candidato que hace su viaje de propaganda electoral, lleno de gracia é ironía, retrata de cuerpo entero el tipo, que todavía recorre tierras de Castilla, del diputado cunero. D. Martín y el cura, el Síndico y Fermín, son personajes arrancados de la gran cantera de la realidad, de legítimo solar y cepa castellana, que tienen músculos y sangre del D. Juan de Prezanes y el D. Pedro Mortera, del Neluco y del D. Sabas, creados por el omnipotente talento del maestro Pereda.

El contraste de los caracteres de Aurora y de su hermana Nona, es de una maravillosa observación: la primera, de hermosura admirable y atractiva, pero árida de alma, impenetrable de carácter, con algo de sombrío en él, que no logra destruir el resplandor de su belleza: ella fué el amor, la alegría y el orgullo de la abuela Cruz, la reina y señora de la casa. Nona, menos bella, pero humilde como una malva y buena como el pan bendito, convencida de que no se la echa de menos en ninguna parte, siempre asoma, en el cuadro de la familia patriarcal de Cañizares, su faz risueña y dulce por detrás de la figura de su hermana.

Ese contraste tiene en la novela una página de sublime sentimentalismo. Está enferma María de la

Paz y con la imaginación de ama de casa infatigable, recorre todas las cosas: piensa en su marido, en Aurora, en la despensa, en el granero, en la cocina. Aurora la hija predilecta, no visita la habitación de su Madre.

De repente giran los goznes de la puerta. Es Nona, que atenta al cuidado de su Madre entra sigilosamente andando sobre las puntas de los piés. María de la Paz no distingue bien la pequeña sombra que se acerca á la cama y pregunta;

«¿Eres tu, hija mía?»

Nona se detiene, sabe que no es á ella á quien su Madre pregunta así y con «ese dulce timbre que Dios ha puesto en la voz de los niños como recuerdo de la voz de los ángeles,» contesta diciendo:

«No, Madre: soy yo.»

Por ser el autor de esa bellísima, de esa sublime página, decía Tamayo, que hubiese dado el mejor de sus dramas (1).

El desenlace de esta novela no está escrito por Selgas. El manuscrito del libro fué hallado sin terminar entre los papeles del autor. Su amigo fraternal D. Esteban Garrido (2) que sabía el secreto del des-

---

(1) Esta frase de Tamayo la he recogido de labios del insigne maestro Baquero.

(2) Así lo declara D. Esteban Garrido en el Prólogo que puso á la Novela «Nona.» Declara así mismo que al frente de

---

enlace, la concluyó, encajándolo en un solo capítulo que termina la obra con demasiada precipitación. El desengaño y el arrepentimiento de la altiva y hermosa Aurora, la muerte de Cañizares, la ternura y el sacrificio de Nona, hubieran merecido del espíritu penetrante de Selgas más interesantes desarrollos.

Selgas no fué ni naturalista ni realista en la Novela, ni se propuso marcar una influencia en este género literario. No hizo otra cosa que enriquecer con sus novelas las Bellas Letras siguiendo los impulsos de su peculiarísima complejión literaria y poner en ellas sus dones de observación de la naturaleza, de sana intención y de vivo ingenio. Fué tan honrado y tan limpio, que escribiendo novelas para atender las necesidades materiales de la vida, renunció á comprar á costa de su probidad literaria el éxito de una pasajera celebridad.

---

ese libro quizás debiera ir el nombre del Marqués de Vallejo, íntimo amigo del autor, á quien indicó en vida más de una vez su propósito de dedicárselo y su intención de dirigirle en la Dedicatoria frases dictadas por un noble sentimiento.

## IV

### EL ESCRITOR SATÍRICO

Selgas, como escritor satírico, como autor de artículos de polémica periodística y de humorismo social, ¿vale más ó menos que como novelista ó como poeta?

Selgas es de una pieza. Es siempre el mismo.

Bajo los nombres de «Hojas sueltas,» «Luces y Sombras,» «Delicias del nuevo Paraiso» y «Cosas del día,» «Fisonomías contemporáneas» y «Hechos y Dichos,» está recopilada parte de la inmensa labor de sus Estudios sociales.

De éstos escritos decía con irrecusable autoridad el gran Tamayo, que eran tesoros de profunda observación, de recta filosofía y de sana moral, escondidos debajo de sazonadísimos chistes y de peregrinas galas de ingenio.

Todas las ideas, todas las manías, todos los vicios de la sociedad en que vivió, fueron sugetos á su perspicaz observación y á su severo análisis.

Una de las ideas que más campean en los escritos de Selgas es su desencanto ante las incertidumbres de la ciencia moderna: acata sus fueros en la esfera

de lo relativo, pero le niega la infalibilidad en lo transcendental, flagelando su audaz pretensión de esclarecer los enigmas que ensombrecen desde tiempo inmemorial la conciencia humana.

Los ataques de Selgas á los partidarios de la *sofocracia* no revisten la intransigencia negadora de agua y fuego: se arma de una lógica acerada y sutil y hace los análisis con fino donaire por donde se filtra la convicción: la convicción, que es arma cien mil veces más poderosa que la ironía y que la duda.

Selgas fué un crítico en toda la estricta acepción de la palabra. Tuvo un criterio y lo aplicó constante, sin que afecte á la hondura y gravedad de su crítica que sus escritos revistan una forma aguda y festiva tan característica que, como dice también Tamayo, no hay nadie que se interponga con justicia entre Quevedo y él. Pero si sus escritos se desnudan del ropaje exterior, aparecen recubiertos con el arnés de la erudición filosófica, y sobre todo con el sentido de las realidades humanas y sociales: por eso, alguna de sus series de artículos, las «Fisonomías contemporáneas,» parecen una vasta galería de retratos. A veces como Teófilo Gautier, pintaba con la pluma. A veces su crítica, como la de Saint Beuve, es un curso de fisiología moral.

El fustigó con igual justicia los extravíos del pueblo, la *cursilería* de las clases medias, el egoísmo y la inutilidad de cierta aristocracia que no cumple

sus deberes, que se quita la corona de la cabeza para colocarla en las portezuelas de sus coches y que en vez de estudiar las crónicas de las hazañas de sus antepasados para imitarlas, no gusta de otras lecturas que las revistas de salones de un Pedro Fernandez, capaz de escribir sus crónicas con la pluma de un sombrero de mujer y hacer de la necrología de una dama del gran mundo, una revista de modas.

Dos sombras se han querido proyectar sobre la luciente personalidad literaria de Selgas. Cultura poco sólida, desmedida afición á la paradoja.

No podría afirmarse que Selgas fué un sabio en el sentido lato de esta palabra, ni seguramente lo pretendió ser. Pero basta leer sus artículos sobre la Gran ciencia, el Filósofo moderno y otros, para comprender que la Filosofía había templado y alimentado su espíritu y el conocimiento de la Literatura y de la Historia le prestaba eso que se llama «humanidades,» es decir, cultura más sólida que la que gustaba aparentar cuando envolvía los estudios serios y concienzudos en su encantador impresionismo humorista y rodeaba la clara luz de su talento de las sombras y penumbras de la ignorancia que gratuitamente se atribuía.

Cuanto al otro extremo, cierto que su afición á la paradoja le llevaba á convertir las más graves cuestiones en discreteos del ingenio y que recurría frecuentemente á juegos malabares del intelecto en los

que era consumado maestro. Pero llegado el momento de la afirmación, de sentar su tèsis, el malabarista se convertía en gladiador que esgrimia fuertemente la espada templada al fuego de su convicción, afilada en la dura piedra de sus creencias macizas.

\* \* \*

Dos palabras acerca del Selgas de la sátira política.

El destino que le concedió en la Corte la singular y noble munificencia del Conde de San Luis, corrió la suerte de los cambios y mudanzas de aquellos tiempos en que nada tenía estabilidad en la política española: pero Selgas empezaba á ser conocido en el mundo de las letras, sus escritos eran solicitados por periodistas y editores de España y América y nuestro paisano vivía yá con el honrado ejercicio de su pluma.

La insurrección que en 1854, en Vicálvaro no había alcanzado la victoria que se proponía, tuvo su complemento en la proclama de Aranjuez en que O'Donnell alentaba al pueblo á rebelarse contra el Ministerio del Conde de San Luis, y en el célebre Manifiesto del Manzanares redactado por Cánovas del Castillo. Dimitió Sartorius y la noche del 17 de Julio estalló con tal violencia el motín popular que las casas del Conde de San Luis, de Domenech y de Esteban Collantes, la del banquero Salamanca y el Palacio donde había vivido la Reina Cristina fueron

saqueadas, quemados sus muebles en medio de la calle y destrozados sus cuadros y objetos preciosos.

Ante la impotencia del Gobierno del Duque de Rivas para sofocar el alzamiento, se formó la Junta de salvación que presidía el anciano General D. Evaristo Sanmiguel y que después de dar unos cuantos gritos vitoreando al pueblo soberano, pidió á la Reina que llamara inmediatamente al General Espartero. El pueblo se aquietó un poco, pero en los hombres de la derecha y en los elementos de orden se produjo un hondo movimiento de hostilidad contra la «nueva era,» que anunciaba la Soberana en el manifiesto que redactado por D. Francisco Pareja y Alarcón, firmó á instancias del General Sanmiguel y de Baralt (1).

Cuando la Reina realizaba el acto de contricción que le obligaban á hacer: cuando el General Allende-Salazar fiaba á este pobre pueblo que Espartero venía á ser el Washington de España: cuando las turbas nombraban los generales y se organizaba la Milicia Nacional y el pueblo armado, considerándose triunfador y dichoso, entregábase á las más desatinadas muestras de alegría, y el Duque de la Victoria respondía á todos los arrebatos del motín triunfante con

---

(1) D. Rafael Maria Baralt era venezolano, elegante poeta y escritor correcto que vivía en España desde hacía algunos años alcanzando gran notoriedad.

su inocente y campanuda frase de «cúmplase la voluntad nacional,» apareció en la escena política un personaje, tan notorio y tan célebre desde su primer instante, que de considerarlo y describirlo prescindir no pueden la historia documentada y grave de Lafuente, ni las amenas episódicas narraciones del maestro Galdós. Este personaje, no ostentaba el chascás del miliciano, ni la tranca del reaccionario. Era un fraile ladino y socarrón que guiñaba el ojo derecho y tomaba rapé asomado en la viñeta de un periódico. Ese personaje era el Padre Cobos. Y el padre Cobos... era Selgas.

Pedroso, Suarez Bravo, Villoslada y Garrido, á veces Ayala y Nocedal, que con Selgas redactaban y editaban ese periódico, á salto de mata, casi cada número en una imprenta, declararon mil veces que de la pluma de éste brotaron los artículos de fondo y las crueles, sangrientas y famosísimas *indirectas* las graciosas coplas y los ingeniosos y picantísimos chistes con que el maligno Reverendo turbaba cada cinco dias la digestión de los triunfantes progresistas.

Para estos, leer públicamente el Padre Cobos, era hacer cínico alarde de moderantismo: leerlo *de ocul-tis* era hipocresía y traición cobarde, indigna de los hombres del Progreso: pero todos buscaban el periódico, y personaje de aquellos hubo, según refiere el docto publicista Valentín Gomez que cuando leyó el

primer número exclamó: ¡Esto tiene más fuerza que la Revolución!

Los turbulentos milicianos hacían toda clase de persquisas para descubrir á los anónimos redactores: y de haberlos descubierto, les hicieran pagar caras sus burlas (1); pero era tanta la agilidad de sus cuerpos como la de su ingenio y entretanto... los estornudos del maldito fraile conmovían la situación, desesperaban á Espartero, á O'Donnell y á Escosura y entonaban el «de profundis» al famoso bienio.

Las frases de «Se conoce á la moralidad progresista por el ruido de los cencerros... tapados.»—«Adoquin y camueso... son la sal y pimienta del Progreso.»—«Muchacho, ¿qué gritan?—¡Viva la libertad!—Pues atranca la puerta.» «La Prensa libre, el pensamiento esclavo. Pues átame esa mosca por el rabo—» y otras, corrian de boca en boca, socabando la estabilidad de una situación que había nacido al impulso de la revuelta y el motín. Hoy todavía, esos y otros chis-

---

(1) Se cuenta que en la primavera de 1856 Selgas redactaba casi completamente el Padre Cobos, por ausencia de sus camaradas. Una noche al retirarse á su casa encontró cerca de ella un grupo de milicianos que apaleaban bárbaramente á un hombre: preguntó á la gente que á respetuosa distancia presenciaba el hecho y le dijeron: «Es que le están dando una paliza á Selgas.» «¿Es verdad?—preguntó él, lleno de ingenuidad.» «¡Pues ahí me las den todas!»—y se internó rápidamente en su vivienda.

tes y locuciones burlescas son de general sabiduría y uso constante, como los clásicos donaires de Cervantes y de Quevedo.

El padre Cobos inauguró en España ese género de sátira periodística ingeniosa y mordaz, certera en los epítetos, sagaz en descubrir el punto flaco del gobernante, escrita más que con tinta, con hiel mezclada de sales y donaires: y lo inauguró con tal gracia, que si se publicaran ahora sus artículos, sus *indirectas*, sus *anuncios* y su *última hora*, harían palidecer de celos á los Gedeones y Mamporros que circulan por ahí solicitando el regocijo de los lectores.

Con la caída primero de Espartero y después de O'Donnell perdió el Padre Cobos la razón de su existencia. Se caló la capucha, cerró la tabaquera y se extinguió para siempre. Es decir, para siempre, nó: la picante mostaza de su ingenio, revivirá para tormento de los revolucionarios de 1869 en las *Flaquezas y Anuncios* del periódico «La Gorda.»

\* \* \*

En lo político como en lo social, Selgas pensaba en serio lo que decía en broma: fué un conservador por fuera y un revolucionario por dentro, que no pudo encajar permanentemente su personalidad en ninguna de las cuadrículas de la política de su tiempo.

Con fórmulas sencillas y ligeras, como quien jue-

ga con las palabras, clava agudos dardos en la conciencia. Para combatir por ejemplo las teorías del derecho público que asientan las organizaciones sociales en el imprescriptible derecho de elección, no esperemos de Selgas razonamientos prolijos ni citas de copiosa erudición. El nos hinca su aguijón de esta manera:

«El principio que concede al hombre su derecho de elegir es un gran principio. Vamos á verlo.

El hombre elige: Sus amigos. Su mujer. Sus criados.

Rara vez encuentra un buen amigo.

Por casualidad tropieza con una mujer á su gusto.

Todos los días está cambiando de criados.

El hombre no puede elegir:

Ni á su padre. Ni á su madre. Ni á sus hijos.

Rara vez encuentra un mal padre.

Nunca es para él mala su madre.

Sus hijos son siempre los mejores.

El principio será una gran cosa, pero se vé que el hombre, tiene muy mala mano para elegir.»

En una de sus deliciosas Hojas sueltas dice de la conversación algo que hace sonreír y que cuando se medita, hace llorar.

«La conversación no es una cosa tan frívola, tan ligera, y tan insustancial como parece á primera vista.

El hombre tan formal, tan sério, tan grave y justo cuan-

do es juez ó ministro, ó banquero, ó médico, ó diputado ó cómico, ó padre de familia, es cruel, injusto y frívolo cuando se entrega al vicio, al placer de la conversación.

En el seno de la confianza, en el recinto privado de una conversación se hacen horribles sacrificios.

¡Pobre amigo, pobre vecino, pobre familia, que sirve de pasto á la conversación!

La conversación es una diosa implacable que no se harta de víctimas.

La mujer tan tímida, tan pudorosa, tan sensible, desuellla con la risa en los labios á la que fué su compañera de colegio: desnuda, sin avergonzarse, á la que tiene la desgracia de no saberse vestir y hiere con mano segura á todas las que se atreven á disputarle los cabellos negros ó el aire distinguido.

Es una cosa muy seria que hemos convenido en llamar pasatiempo. Seguidla con atención y la vereis que por todas partes vá dejando un rastro de sangre.

Es un crimen que no está penado en el Código por que todos lo cometemos.

Elíjanse seis personas: pónganse alrededor de la mesa de un café ó en el pasillo de un teatro, ó en el tocador de una mujer elegante, ó en la antesala de un ministro, ó alrededor de la chimenea de una casa particular. Colóquese cerca de ellas, un taquígrafo, oculto conmo un mal pensamiento, y que copie íntegra la conversación en que se enreden estas seis personas. Tradúzcase y ¿á que no hay uno de los seis que se atreva á poner su firma al pié de esa conversación escrita?

He aquí lo que es la conversación.>

---

Y cuando cambiando las tornas quiere representar el tipo repulsivo del avaro, no lo pinta con severas pinceladas de crítica moral: lo muestra de este modo su punzante sátira.

Cuentan que fué concebido  
A oscuras, de un solo rasgo,  
Para que no se gastase  
Tiempo ni luz en forjarlo.

Su precio, según es fama,  
No pudo ser más barato;  
Pues si su madre lo tuvo  
Dicen que fué de regalo.

Se le halló manos á boca,  
Como cruz libre de gastos:  
Es decir, como pedrada  
En ojo de boticario.

Vino á la tierra en Febrero  
Por ser el mes más escaso:  
Y nació de siete meses  
Para tener dos ahorrados.

Por no dar, no dió á su madre  
Ni los dolores del parto:  
Pero le quitó la vida,  
Y entró en el mundo tomando.

Se ignora cómo y en dónde  
Pasó sus primeros años:  
Que hizo de ellos un secreto  
Solamente por guardarlo.

Vedlo como al cielo mira  
Con la beatitud de un santo,  
Desde que sabe de fijo  
Que la luna tiene cuartos.

Jamás cambia la mirada,  
Aunque mire de soslayo,  
Ni con tuertos, ni con bizcos,  
Por no perder en el cambio.

Por que es tomar, toma el aire,  
Toma tiempo, toma espacio:  
Y en cuanto al sol, no lo toma  
Por no dar sombra al tomarlo.

No cede, ni las aceras,  
No promete, ni aun en vano,  
No vuelve, ni las espaldas:  
No ofrece, ni los pecados.

Si la urgencia con que vive,  
Le hace andar de arriba abajo,  
No dice: Estos pasos doy.  
Sinó: Yo tomo este paso.

---

Desperdiciar no es palabra  
Que cabe en su diccionario:  
Y es, por llevárselo todo,  
Capaz de llevarse... un chasco.

Es corto por que se encoje,  
Y por lo que alcanza, es largo.  
Por lo que niega es estrecho,  
Por sus pensamientos, bajo.

Por lo que chupa, es esponja.  
Por lo que penetra, clavo:  
Tirabuzón por que saca.  
Y por lo que agarra, gancho.

Si se enoja, de la ira  
No suelta jamás los rayos,  
No pone el grito en el cielo.  
Coge el cielo con las manos.

Al duro infeliz que cae  
De su codicia en el saco,  
Hay que rezarle un responso  
Y como muerto olvidarlo.

A un solo tener renuncia,  
A tener hijos, pues tanto  
Es tenerlos, como darles  
El derecho de heredarlo.

Suele la atención mermada  
Prestar en algunos casos:  
Y si presta juramentos,  
Es porque los presta en falso.

Hace el viaje de la vida  
Con seguro itinerario,  
Pues eche por donde quiera,  
Siempre vá derecho al grano.

Por ganar la vez, es pronto:  
Por no perder tiempo, cauto:  
Por que nada sobre, sóbrio:  
Por no dejar casta, casto.

Tiene por memoria el ansia  
De conservar lo pasado:  
Por voluntad, el vacío,  
Por entendimiento, un antro.

El alma muerta la lleva  
Y es su avaricia el sudario:  
Su cuerpo la sepultura  
Y su cara el epitafio.

Vive por que no se muere:  
Y no se muere, pensando  
Que puede dar en la tierra  
Alimento á los gusanos.

De esta manera, en el fondo,  
Aunque en apariencia, varios,  
Hay en los tiempos presentes  
Algunos... bastantes... ¡cuantos!.

De humorismo jocosó y regocijado escribió, en verso y prosa, páginas de incesante actualidad.

Hablando del baile decía, «que aunque la historia guarde sobre el particular un discreto silencio, claro es que á los danzantes no se les puede negar el mérito de una respetable antigüedad.»

«El baile considerado individualmente es el derecho que tiene todo ciudadano de publicar sus movimientos con arreglo á la música y considerado en general es una serie de movimientos personales que empiezan en el rigodón, que es una necesidad, y acaban en el vals, que es una locura. Bailar es hacer en presencia de mucha gente, lo que no hacemos nunca cuando estamos solos, por no reirnos de nosotros mismos.»

Hay entre sus versos póstumos una elegía burlesca en que ridiculiza graciosamente la pasión por los gatos. Dice así:

Dáme ¡oh Musa gatuna!  
El eco lastimero,  
Con que á los tristes rayos de la luna  
Mayan los gatos en el més de Enero.

Pero dame primero  
Lágrimas sin medida,  
Que cubran sus despojos,  
Para llorar el fin de aquella vida  
Que fué el encanto de mis tristes ojos.  
Era un hermoso gato  
De genio vivo y de dormir profundo,  
De largas uñas y de fino olfato.  
Más de pronto, el ingrato,  
Lanzóse al aire y nos dejó en el mundo.  
Era su piel suave,  
Más blanca que la nieve,  
Sus ojos listos, su mirada grave,  
Sus manos prontas y su paso leve:  
Con el mayor donaire  
Súbito como el rayo,  
Atrapaba las moscas en el aire.  
Y con mano ligera,  
De frente ó de soslayo,  
Haciendo contorsiones  
¡Oh dulce Agüero!, era  
La desesperación de los ratones.  
¡Y su cola! ¡Oh dolor! ¡Que cola aquella!  
El mataba sus ocios  
Retozando con ella,  
Y alejado del mundo y sus negocios  
Andaba con su cola  
En continua querella.  
Cola sin par, puesto que estaba sola.  
Vivo, alegre, gentil y algo travieso

---

Fué nuestro encanto, y tuvo  
Por única pasión, pasión al queso.  
Y ¡ay! ocasiones hubo  
Que, como ser humano,  
Encima de la mesa  
Delante de una copa  
Solía beber agua con la mano.  
Y si hablára la ropa,  
De fijo aumentaría  
El amargo dolor de estos desvelos:  
Por que hay que cepillarla todavía.  
¡Se fué! ¡Se fué!. Más nos dejó sus pelos.

\* \* \*

Con motivo de las revueltas políticas, ocurridas desde el 1869 hasta la muerte de Selgas, su sátira siguió haciendo de las suyas.

En sus Semblanzas de los hombres de todo ese revuelto periodo de nuestra historia, algunas publicadas, otras nó, hay clarividencias semi-proféticas, pensamientos y verdades que aunque publicados entonces, parecen escritos para el momento que corre y son de una actualidad viva. La serie de sus sonetos inéditos, se publicarán en los apéndices, salvando altísimos respetos y convencimientos íntimos y sinceros del autor de este Estudio. Los sonetos que retratan la Mornaquía constitucional restaurada y á Cánovas del Castillo, tienen «tal fuerza de expresión» que cuando Selgas se los leyó un día á éste en la

Academia de la Lengua, D. Antonio, Presidente del Consejo de Ministros á la sazón, le abrazó lleno de entusiasmo pero le dijo: «Mira, Pepe, por Dios, no me publiques eso, por que hago contigo lo que no pudo hacer Espartero: te meto en la cárcel.»

Entre los sonetos inéditos se hallan las Semblanzas de Campoamor y de Echegaray. Cuando Tamayo y Baus, D. Pedro A. de Alarcón y Garrido preparaban la publicación póstuma de las Obras de Selgas, consultaron con esos dos eminentes literatos sobre la publicación de sus Semblanzas. Ambos reusaron dar su venia y se desistió de publicarlas no sin que por muchos se murmurara de la negativa. No creo que hay irreverencia en publicarlas aquí cuando generalmente se reconoce la eminente personalidad de ambas figuras de las letras nacionales y el juicio de Selgas no se refiere más que á la intención y á la tendencia de su respectiva labor literaria.

La Semblanza de Campoamor, dice así:

Cantas del mundo á tono y á compás  
Y mucho ruido en él metes, Ramón.  
¿Buscas aplausos?, ¿bombo?, ¿admiración?  
Dichoso tú si satisfecho estás.

Más ¿por qué en remover el cieno das,  
Cuando sólo eres malo de afición?  
¿Te parece que hay poca corrupción  
Para que así en tus versos pidas más?

---

Bueno que al cuerpo, esclavo del placer,  
Los vicios le corrompan por que aquí  
Pasto al fin de gusanos ha de ser.

Pero, Ramón, el alma, ¡pese á mi!  
¿Qué daño ó qué traición te pudo hacer  
Para que quieras deshonorarla así?.

La Semblanza de Echeagaray, es como sigue:

Si vieras Juan cómo el asunto aborda  
Y cómo escenas á granel embasta,  
Renegaras mil veces de la casta  
Que tiene el alma al entusiasmo sorda.

¡Se alza el telón!. El genio se desborda,  
Echa por medio y al concurso aplasta,  
Puja el aplauso ciego en la subasta  
Y que quieras que nó, se arma la gorda.

¡Que drama, Juan! ¡El genio se desquicia!  
¡Qué personajes brotan del tintero...!  
Más ¡ay! que á dura muerte los condena

El mismo autor, haciéndose justicia,  
Pues llega y á este quiero, á este no quiero,  
No deja ni un actor vivo en la escena.



## V

### EL HOMBRE

En Selgas el hombre valió más todavía que el poeta, el novelista y el escritor satírico. En su vida brillan la modestia, la bondad y la sencillez, tan galanamente reflejadas en sus versos. «La Primavera» fué el símbolo de su juventud: la edad de sus ensueños de gloria: pero ellos no se turbaron nunca por las nubes de la vanidad, ni estorbaron la manifestación pura y sentidísima de la gratitud que profesaba á Arnao, á Fernandez Guerra, á Cañete y al Conde de San Luis que fueron los generosos peldaños por donde ascendió al mundo de las Letras.

La primera carta que escribió á su madre cuando llegó por primera vez á Madrid en Mayo de 1850 es de una sencillez encantadora: «Querida Madre—le decía.—Llegué bien gracias á Dios. Estoy esperando mi colocación que será buena. Tengo muy buenos amigos y creo que mejorará nuestra posición y podré hacer por todos. No les olvido ni un momento.» En Octubre siguiente le decía también, al tiempo de prometerle una cantidad mensual: «Yo quisiera poder dar á V. todo lo que gano.»

Siguió á la Primavera, el Estío de la vida de Selgas. Los frutos del árbol de su inspiración y su talento tomaron madurez y hasta las «Hojas sueltas» que de él se desprenden y parecen arrastradas por el viento de la frivolidad, son graves pensamientos, observaciones de psicología profunda, reflejos de los tremendos problemas de la vida, chispeantes ingeniosidades y carcajadas estrepitosas que influyeron hondamente la vida nacional.

Recluído en una laboriosidad constante la necesidad imperiosa de trabajar á diario, en ímproba labor literaria, no logró alterar la serena alegría de su espíritu, libre de todo anhelo de ambición. En 1865 la Academia Española le llamó á su seno: hasta nueve años después no tomó posesión, porque la tendencia del precioso é ingeniosísimo discurso que presentó, suscitaba graves dificultades y conflictos: fué invitado á modificarlo y se negó resueltamente. Pasado ese tiempo y sin rectificar una letra del discurso ingresó en la Academia á instancias de su amigo y protector D. Cándido Nocedal, que le había apadrinado años antes en la ceremonia de su boda, (1) que se verificó en Murcia, con la hermosa y virtuo-

---

(1) Se celebró en la Capilla del Palacio Episcopal en 1857. Bendijo la unión el Obispo Sr. Barrio y fué apadrinado por el Ministro de la Gobernación D. Cándido Nocedal y en su representación por D. Patricio de la Escosura, Gobernador Civil entonces de la Provincia de Murcia.

sa lorquina D.<sup>a</sup> Carolina Dominguez, y le apadrinó también en la ocasión solemne de consagrar sus méritos en el templo de los inmortales. (1) Y llegaba su modestia á punto tal, que terminado el acto de la recepción á que dieron gran realce las representaciones de todas las aristocracias, la de la belleza de numerosas damas, la de la literatura, la de las armas y la del dinero y sobre todo la palabra magistral de Nocedal que contestó el discurso del recipiendario, escribía sencillamente á su mujer, ausente de Madrid: «Salgo en este momento de la Academia donde los discursos han obtenido un éxito mayor de lo que yó esperaba» Jamás poeta novel alguno habrá dado cuenta á sus deudos, en términos de tan sencillo laconismo, de sus triunfos en los Juegos florales de una capital de tercer orden. Y al día siguiente, continuó amasando con los puntos de su pluma el pan de cada día (2).

---

(1) Asistió Selgas á 224 Juntas de la Academia Española. En 1880 y 1881 obtuvo el cargo de Vocal adicto á la Comisión administrativa. Para el Diccionario redactó algunas cédulas de refranes y frases proverbiales á que era muy aficionado. Así resulta de una copia del acta necrológica de la Academia firmada y escrita de puño y letra del Secretario perpétuo D. Manuel Tamayo, que conserva como una reliquia la distinguida señora D.<sup>a</sup> Consuelo Selgas de Agius, hija de nuestro eminente paisano.

(2) Cuenta D. Pedro A. de Alarcón que en Otoño de 1881,

Fué una vez Diputado á Cortes en 1867, por compromiso con sus amigos y tuvo el raro gesto de no querer volver á serlo. En 1879 cuando más lejos estaba nuestro paisano de las luchas políticas, recibió en Lorca aviso urgente de presentarse en Madrid. Cánovas del Castillo mostrándose esquivo para cumplir lo pactado con los insurrectos de Cuba en la paz del Zanjón, había planteado la crisis y aconsejó al Rey un Ministerio Martinez Campos. Este caudillo tenía de Selgas tal concepto, que creyó indispensable ponerle á su lado como Subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros: y contra la voluntad del elegido, venciendo su resistencia tenacísima, le entregó el nombramiento y le obligó á aceptar. Selgas sabía bien que su Presidente carecía de la trastienda y travesura precisas para luchar entre las pasiones políticas: «¡Dios nos asista!,—cuentan que decía en secreto el nuevo Subsecretario,—por que mi General, como General es una espada, pero como político es una vaina.» Poco duró aquel Ministerio y seguramente Selgas que no deseaba conservar la prebenda que la amistad le había obligado á poseer, no sería el que menos predispondría al noble Martinez

---

al oírle Selgas celebrar con entusiasmo, en presencia de otros amigos, sus últimos y acaso mejores versos (los Tercetos al Siglo XIX), les decía con admirable y sincera desconfianza. «Pero ¿de verdad creéis vosotros que esto vale algo?»

Campos á sentir la «corazonada» de retirarse por el foro.

Después de desempeñar tan alto cargo, nada deseó ni pidió para sí mismo: salió del Palacio de la Presidencia para seguir disfrutando en su modesta casa lo que llamaba con su gracejo inimitable «el lujo de la honradez» que es el más caro de estos tiempos.

Por aquel entonces le ocurrió á Selgas un episodio que él contaba con gran copia de detalles. Llegó á Madrid un prócer de la América latina, hombre riquísimo y enamorado de las grandezas literarias de la madre España. En aquella época los dos hombres-cumbres para los americanos eran Castelar en la política, en la sociología y en la elocuencia, y Selgas en la poesía y en el humorismo literario. Intentó ver primero á Castelar. Presentaciones anticipadas... antesalas... esperas... Por fin vió á Castelar y le encontró rodeado de libros, de objetos de arte, del *comfort* y del lujo que proporcionaron á aquel grande hombre, no sus admiradores literarios si no sus adeptos políticos.

Después quiso conocer á Selgas. Nada le podía ser más fácil. Le recibió Selgas en su pequeño despacho, modesto, pobre, que le servía al mismo tiempo de dormitorio. Habló con él entusiasmándose al relatarle sus triunfos en América y encantándose con la amenísima charla del visitado. Pero al despedirse el americano no se pudo contener y sus ojos se hume-

decieron de emoción: «He tenido el mayor desengaño de mi vida—dijo—; el hombre que vale lo que V. vale: el hombre que escribe como V. escribe, no debe vivir así...» Selgas le despidió con un abrazo, hizo un mohín de desenfado... y se puso á corregir las pruebas que le pedían urgentemente de la imprenta.

## VI

### LA MUERTE DE SELGAS

Poco después de estos hechos que relato, Selgas en los ratos libres de su obligatoria tarea diaria, empezó á escribir la tercera parte de su obra poética: es decir, «El Otoño.» El canto á ese triste fragmento de la vida en que las golondrinas abandonan el nido de sus amores y las hojas secas esparcen por el suelo las marchitas ilusiones. La vida de Selgas no podía tener Invierno. Ni el Otoño siquiera pudo resistir... Una noche de Febrero de 1882 (1) se heló su cuerpo entre las garras de una traidora pulmonía. Murió serena y santamente, murió como mueren las flores cuando doblan su tallo al frío contacto del cierzo cruel: murió resignado, pero en las últimas horas de su vida, fija la mirada en sus hijos (2) decía al Académico Marqués de San Gregorio y á Tamayo que le

---

(1) Murió en Madrid, calle de Claudio Coello, número 38, á las diez y cuarto de la noche, del domingo 5 de Febrero de 1882. Duerme el sueño eterno en el Cementerio de San José y San Lorenzo número 307 del Patio de las Animas (D. E. P.)

(2) Consuelo, de diez y seis años y Carlos, de catorce.

asistieron hasta el último instante, con solicitud fraternal: «Necesito ponerme bueno, necesito trabajar: yo no puedo estar malo.»

La muerte de aquél pobre escritor que vivió siempre olvidado de sí mismo: que hablaba con la misma agudeza epigramática que escribía: que fustigó á muchos: que no aduló á nadie: que no intentó el lucrativo negocio de vender su inteligencia y su conciencia; que convirtió la profesión literaria en angustioso oficio, produjo una explosión general de duelo y de pesar.

Cuenta el insigne D. Pedro A. de Alarcón el acto de dar cuenta á la Academia Española de la muerte de Selgas y dice: «Tamayo pálido, trémulo y con voz enronquecida por las aprisionadas lágrimas, cumplía su deber de dar cuenta del fallecimiento del poeta, del amigo, del hermano... No menos afectados los que le escuchábamos—el Conde de Cheste, Fernandez Guerra, Rubí, Campoamor, Cánovas del Castillo, Menendez Pelayo, Silvela, Arnao, otros Académicos y yó—creíamos como que era mayor y más definitiva la pérdida, desde que se proclamaba en aquel sitio: todos asentimos á la redacción del oficio en que se comunicaba á la viuda el duelo de la Academia, oficio escrito por la pluma magistral del autor de «Un drama nuevo.» «La Real Academia Española ha resuelto costear el entierro de su individuo de número don José Selgas y Carrasco y suplica autorización para



llevar á cabo este acuerdo con que se propone rendir tributo de amor á la memoria del que fué modelo de hijos, de hermanos, de esposos, de padres y de amigos: del que en la próspera y en la adversa fortuna dió ejemplar testimonio de fortaleza, honradez y virtud: del que por implacable necesidad y vocación irresistible trabajó toda su vida afanosamente sin que le trajese la gloria más que el pan de cada día: del insigne literato que logró animar á las flores y convertirlas en maestras dulcísimas del género humano, envolver la acerba sátira y la grave moral en manto de los más deliciosos colores y la más fina pedrería: hermanar lo ingenioso y lo ameno con lo profundo: dejar en sus escritos personalidad literaria que ni ahora se confunde ni podrá jamás confundirse con ninguna otra, que és, á no dudar, una de las más bellas y significativas de nuestra época y que de la nuestra recibirán quizá las futuras con aplausos y bendiciones...»

España entera con amor maternal y soberana generosidad respondió á la suscripción que iniciaron la Real Familia, prelados y próceres, estadistas y académicos, literatos y militares, desde el Cardenal Primado hasta Pí y Margall, desde D. Alejandro Pidal hasta Castelar, desde el Duque de la Torre hasta Cánovas del Castillo, desde Nuñez de Arce hasta Sagasta, para costear una amplísima edición de todas las obras de Selgas. Y este monumento literario, además

de ser un beneficio para la noble mujer y los pequeños hijos del ilustre escritor, fué la corona de inmortalidad que el voto nacional colocó sobre la frente de nuestro eminente murciano.

Aquí en Murcia, su muerte, produjo ¡como dudarlo!, unánime sentimiento. Se colocó una lápida de recordación en la casa en que había nacido... Se dió su nombre á una calle... Se celebró una velada literaria en su honor... Pero ¿cómo no decir, aunque decirlo cause hondo pesar, que el desvío de Murcia para con Selgas fué una espina punzadora de su vida?

El amaba á Murcia tiernamente. En la Obra monumental á que puso prólogo Cánovas del Castillo y que trata de las mujeres españolas portuguesas y americanas, Selgas hizo un estudio de la mujer murciana que rebosa donaires y cariños. Cuando yá doblaba la cumbre de su existencia, once años antes de morir, hizo aquí una larga estancia: pero no residió en la Ciudad: se alojó en la Casa contigua al Santuario de la Fuensanta. Todas las tardes le colocaban una pequeña mesa de pino al aire libre y en aquel mirador incomparable escribió las «Delicias del Nuevo Paraiso» y algunos capítulos de «Nona.»

¿Por qué misteriosa asociación de ideas, habrá surgido en la mente de un murciano, tan ilustre yá por sus prestigios reflejos como por los dones de su talento y de su noble voluntad, el pensamiento de que

---

se construya en ese lugar el Panteón de los murcia-  
nos ilustres? (1).

---

(1) Conferencia leída en el Círculo Liberal Conservador de Murcia el día 6 de Enero de 1914 por el Diputado á Córtes y Ex-Senador del Reino D. Isidoro de la Cierva y Peñafiel.



## VII

### UN SUEÑO

¡Oh Murcia, madre nuestra!. Si quieres manifestarte ante todos tan noble y hermosa como eres: si quieres resurgir poderosa á la vida regional que integra la historia del glorioso solar español, has de empezar por amasar tu bendita tierra con el recuerdo y las cenizas de tus grandes hombres y construir sobre su indestructible cimiento de roca el soberbio monumento de tu engrandecimiento futuro. Has de sentir en tu alma los sagrados exclusivismos del cariño materno: has de acoger á los extraños bajo el manto de tu justicia, pero has de guardar para tus hijos la riquísima sangre de tus pechos.

Una de las restituciones de nuestros afectos la debemos á Selgas que duerme el sueño eterno en un cementerio de la Córte donde las ortigas del olvido suplantán quizá la guardia que nuestras flores rendirían á su incomparable cantor.

Y yo he soñado que nosotros los murcianos, realizábamos generosa y patrióticamente la restitución.

Ved mi sueño.

\*  
\* \*

Era una tarde de Primavera.

Los restos de Selgas encerrados en una sencilla caja del oloroso ciprés de nuestros huertos, habían llegado á Murcia y recibían los homenajes de la piedad y de la veneración de nuestro pueblo.

Al atardecer, la comitiva se puso en marcha.

El país de las flores estaba triste.

En su cielo casi siempre serenó, formaban las aplo-madas nubes fúnebre dosel. Sobre la verde grama tejían los pensamientos una alfombra de terciopelo: las acacias deshojaban sobre la caja sus blancas flores; la pasionaria doblaba su tallo y el girasol miraba con fijeza queriendo avivar y recoger en las cenizas del poeta, los rayos de su inspiración: las rosas, inclinando sus hojas pálidas y estrechando con sus tallos á los tiernos capullos les hacían balbucir las oraciones del amor: las cañas y los juncos se inclinaban, y los azahares y los alelíos, los jazmines y las hortensias, las dalias y las magnolias, todo el pueblo de las flores, formaban en el cortejo, mústias de dolor.

La tierra se abrió amorosamente para recibir el sagrado depósito: una legión de siemprevivas se precipitó en la tumba y el mirto y el arrayán, el ciprés y el sáuce se constituyeron en guardia. Los truenos hicieron una salva de honor en el espacio y las nubes se alejaron llorando...

Avanzó la noche; callaron los pájaros, gimieron las

fuentes y las aves nocturnas velaron el sepulcro envueltas en sus alas enlutadas.

El galán de noche que cantó el poeta, exhaló entonces sus aromas y á la luz melancólica de la luna que iluminó su frente, vió

A una flor hermosa,  
No tanto como Circe,  
Casta como las flores  
Y como casta humilde,

que con la punta de su tallo, con sangre de sus hojas, estaba escribiendo sobre el sepulcro del poeta, su tierna poesía titulada «No me olvides.»

.....  
Pero llegó el momento de despertar la aurora del nuevo día.

El país de las flores estaba yá alegre.

Al impulso de la brisa precursora del alba, los naranjos ofrecían á las palmeras sus estrellas blancas; trepaban los jazmines y las enredaderas para mirar desde lo alto; los tulipanes chocaban sus copas llenas de rocío: las rosas se mecían en sus tallos como doncellas que se columpian en un jardín: las mariposas se revestían con sus más preciadas gasas multicolores: las campesinas amapolas sacudían sus faldas rojas y las margaritas retocaban sus blancos y planchados cuellos de batista.

En el momento de dibujarse en el horizonte el disco soberano del sol, un clamoreo universal de voces sin palabras atronó el espacio, acompañado del áureo repiqueteo de los martillos de las azucenas sobre sus cálices de nacar: la tumba del poeta era un vergel donde las flores, los pájaros, las mariposas y los céfiros, se entretejían y se besaban; las alondras y los jilgueros lanzaban los versos de Selgas como himnos de esta región y los geniecillos campestres los esculpían, para memoria perpétua, en los árboles y en las rocas. Y alzándose pomposo,

«Blandió el laurel sus tallos con arrogante brío.»

y dejando caer sus hojas, marcó sobre el sepulcro del poeta la magnífica corona de la inmortalidad.

---

# ILUSTRACIONES



SONETOS INÉDITOS DE SELGAS



## MONARQUIA CONSTITUCIONAL

Unos cuantos millones de soldada,  
A toca teja y de corriente abono:  
Palacio, escolta, tren y algo de trono:  
Pueblo ninguno... y de entusiasmo, nada.

Peligros permanentes: la asonada,  
El desprecio, el destierro, el abandono:  
Reyes cursis en fin, que se dan tono,  
Sin cetro, sin corona y sin espada.

¿Y es esta, ¡oh Dios! después de tanta gloria,  
La regia estirpe que llenó en su día  
Los términos del mundo y de la historia?

Si esto ha de ser, que triunfe la anarquía  
Y borre la vergüenza en la memoria  
Hasta el nombre de aquella Monarquía.



## A CÁNOVAS DEL CASTILLO

Antonio, á fuer de verdadero amigo,  
Yá en la adversa fortuna, yá en bonanza,  
Lejos del vituperio y la alabanza,  
Fuí de tus triunfos imparcial testigo.

Hoy, sin faltar á la verdad, te digo  
Que, bien pesado todo en la balanza,  
En los honores que el talento alcanza  
Pocos se pueden comparar contigo.

Más ¿sabes por que fué débil tu mano,  
Tortuoso tu plan, tu paso incierto,  
Tu empeño estéril y tu esfuerzo vano?

Pues yo te lo diré como lo advierto:  
Por que negado está que el genio humano  
Pueda dar vida á lo que nace muerto.



## A SERRANO

Vá y viene y sube y baja y entra y sale  
Y es para revolver masa dispuesta:  
No suele dar la cara, más la presta,  
Y vá siempre á su fin, dále que dále.

No hay hombre de trastienda que le iguale.  
Si dejamos aparte suma y resta  
Y tomamos en limpio lo que cuesta  
Para sacar, en bruto, lo que vale.

Ahí viene. ¿Donde vá? Ese es el caso.  
Pero no hay que temer, sabe el camino  
Y para su ambición, todos son buenos.

Fué cuanto quiso ser: abridle el paso  
Que más no pudo hacerle su destino  
Ni aquí podemos ya venir á ménos.



## A O'DONNELL

Prestó al motín aliento su presencia,  
De ciega seducción se abrió al sonido:  
Luchó, pactó, venció, compró un partido  
Y encadenó el poder á su impotencia.

¿Fué ambición? ¿Fué arrogancia? ¿Fué impaciencia?  
¿Fué vencedor en Africa ó vencido?  
Si esa gloria se salva del olvido,  
A la posteridad la árdua sentencia.

Ahí yace: en solitario monumento  
Vida y fama se esconden de consuno,  
Que halló la muerte de distintos modos.

¿Quien lo recuerda yá?: vamos con tiento:  
Sus hechos dignos de vivir, ninguno;  
Su mal ejemplo, lo recuerdan todos.



## A CASTELAR

¿Es elocuencia? Si, de cabo á rabo,  
Pues si hay quien se lo llame por apodo,  
Y el *puff* le carga y le revienta el modo,  
Los triunfos, triunfos son al fin y al cabo.

¡Magnífico! ¡Muy bien! ¡Soberbio! ¡Bravo!,  
Prorrumpe á gritos el concurso todo,  
Por que apiñado allí, codo con codo,  
Le suele hacer de su palabra esclavo.

Tú que hablando sin peso y sin medida  
Discursos tejes y la fama labras  
A que el vulgo inconstante te convida,

Oye para que al fin los ojos abras:  
Un hecho solo tienes en tu vida  
Que vale más que todas tus palabras.

1873

Received of the Treasurer of the  
Board of Directors of the  
City of New York  
the sum of \$1000.00  
for the year ending 1873

Wm. C. Cullen  
Treasurer

City of New York  
1873

## A PRIM

Justicia clama la sangrienta herida,  
Más le impone silencio el antro inmundo  
Y ahogando el estertor del moribundo  
La logia encubre al bárbaro homicida.

Jamás de culpa á la expiación unida  
Se puede ver ejemplo más profundo.  
Volcando un trono se elevó en el mundo;  
Quiso alquilarlo y le costó la vida.

¿Fué heroica su inquietud? Hable la historia.  
¿Lo fué su rebelión? Calle la fama.  
¿Fué un éxito no más? Guarde su gloria.

Pero ese monumento que proclama  
A la sombra del templo su memoria,  
Yo quiero preguntar: ¿A quien infama?



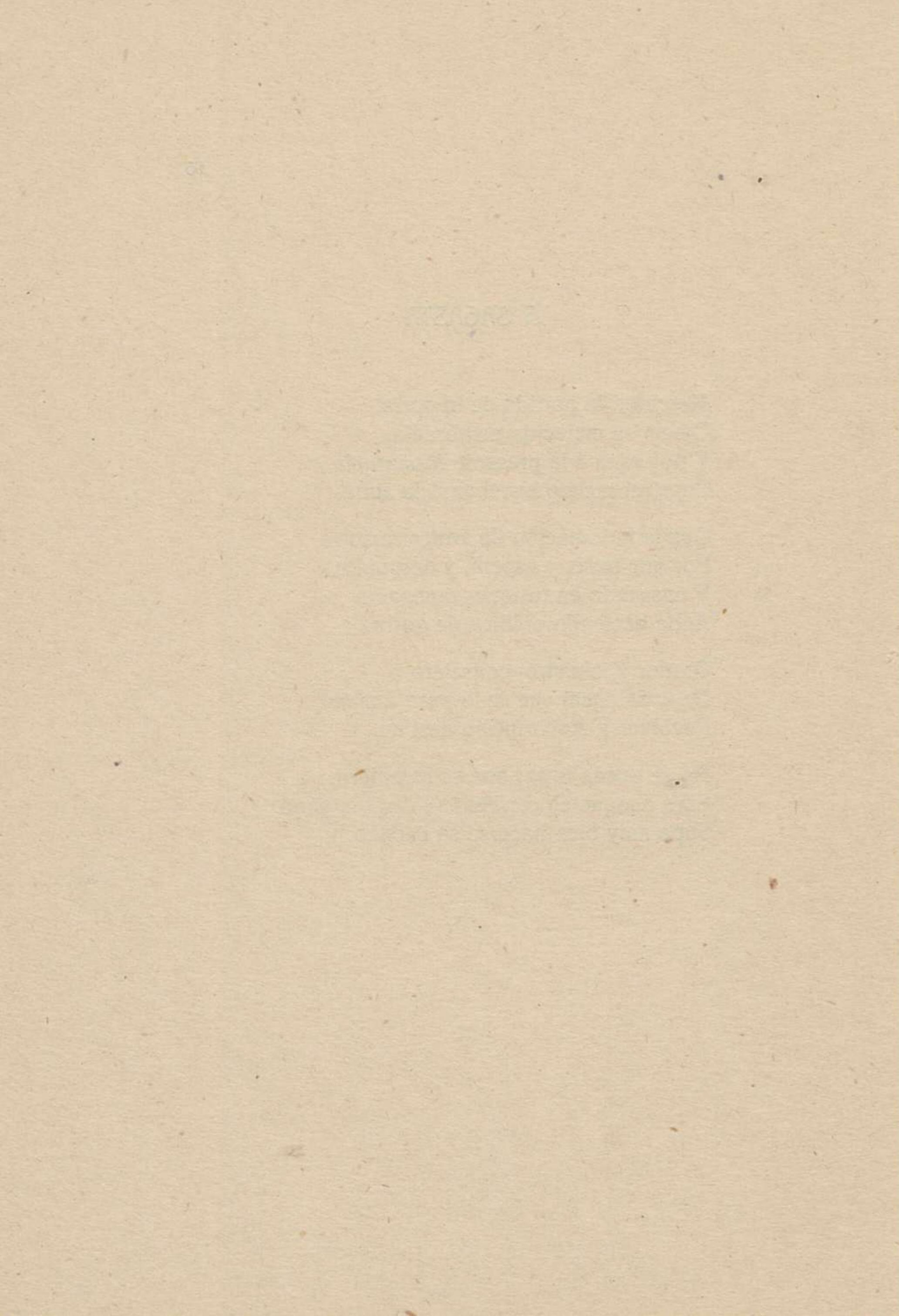
## A SAGASTA

Merced á la partida de la porra,  
Creció su merecida nombradía,  
Y hoy mira á la presente Monarquía  
Como el racimo aquel miró la zorra.

Oculto la intención de armar camorra  
Por que teme, y espera, y desconfía,  
Y buscando en fusiones compañía  
Anda haciendo política de gorra.

Orador y ministro, consejero  
De todo aquel que se le puso á mano,  
Revolver y agitar fué su destino.

No se puede negar que es ingeniero.  
Pues aunque en carreteras lo fué en vano,  
Supo muy bien hacerse su camino.



SELGAS AUTOR DE OBRAS TEATRALES



## NOTAS

Selgas escribió en sus mocedades tres comedias en uno, dos y tres actos, tituladas: la primera «Todo un tío»: la segunda «Dos angeles» y la tercera «La piedra filosofal.» En ellas se advierte desde luego facilidad, gracia, soltura y amenidad en el diálogo. La segunda fué representada en Murcia con muy buen éxito. (Prólogo de Cañete á la primera edición de «La Primavera»).

En 25 de Noviembre, del año 1852 se estrenó en el Teatro del Príncipe de Madrid otra comedia original de Selgas, en tres actos y en verso titulada «Una mentira inocente.» Los dos principales personajes Elena y Fernando fueron representados por la actriz Doña Josefa Palma y por el insigne actor murciano D. Julian Romea.

En 1.º de Septiembre, de 1864 se estrenó en el Teatro de la Zarzuela de la Corte, una zarzuela en un acto, letra de Selgas y música del maestro D. Emilio Arrieta, que representaron con otros actores la señora Isturiz y Sr. Salas.

Y en 9 de Noviembre de 1869 se estrenó con gran éxito en el Teatro Español de Madrid, el proverbio de

Selgas titulado «La barba del vecino.» Interpretaron los dos personajes de esta obra Inés, y Luis, los célebres actores Doña Teodora Lamadrid y D. Victorino Tamayo y Baus.

POESIAS EN HONOR DE SELGAS



## SONETO (1)

Del campo los suavísimos rumores  
 En monte, y selva, y valle repetidos,  
 Yá no son más que fúnebres gemidos  
 Por el que deja huérfanas las flores!

¡En ráfagas de vivos resplandores  
 Vertieron en su mente y sus oídos  
 Las aves los secretos de sus nidos,  
 Su llama el sol, el iris sus colores!

Violeta dulce y á la par medrosa  
 Del modesto cantor la tumba guarde  
 Besándola escondida y amorosa:

¡Llórelo allí sin ostentoso alarde!!  
 Y cuando Abril se encuentre con su losa  
 Todas las flores nacerán más tarde!!!.

ANTONIO F. GRILO.

---

(1) Esta poesía y la siguiente se leyeron, entre otras, en la velada literaria en honor de Selgas celebrada en la Unión Católica de Madrid la noche del 30 de Abril de 1882, bajo la presidencia del Excmo. Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra que pronunció el discurso de apertura: el discurso final fué pronunciado por el insigne orador Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal.



## A LA MEMORIA DE SELGAS

Casi niños todavía,  
Hijos de insigne Ciudad  
En que el Táder se gloria,  
Lazo de firme amistad  
Nuestras dos almas unía.

¡Cuántas dulces ilusiones  
En lo futuro brillaban!  
¡Cuan altas aspiraciones  
Tenaces nos agitaban  
Los ardientes corazones!

Ceñir laurel de victoria  
En lid pacífica y bella.  
Legar peremne memoria,  
Era el ensueño de aquella  
Florida edad transitoria.

La suerte nos apartó  
Sin debilitar la fé  
Del lazo que nos unió:  
El la gloria conquistó,  
Más yo sin gloria quedé.

Su voz, que las penas calma,  
Eco fué del bien hermoso:  
Dió á las flores vida y alma,  
Y arrebató vigoroso  
Imperecedera palma.

Por ello, en este momento,  
Cuando enalteceis su nombre,  
Con apasionado acento  
Bendigo al vate y al hombre  
Fijos en mi pensamiento.

Y pues con noble placer  
El primero pude amarle,  
Hoy me toca por deber  
Honrar su memoria, y ser  
El último en olvidarle.

ANTONIO ARNAO.

## A LA GRATA MEMORIA

del ilustre poeta murciano D. José Selgas y Carrasco (1)

Sintiéndose poeta, pero ignorado;  
 Infeliz, sin apoyo, mas no abatido,  
 Esperó, como el genio siempre ha esperado,  
 Esa aurora de gloria que ha iluminado  
 Las tenebrosas noches en que ha gemido.

Y entreviendo en sus sueños la ansiada palma,  
 Autor facil, sencillo, tierno ó profundo,  
 Cantó a solas consigo y en dulce calma  
 Las flores, lo más bello que hay en el mundo,  
 La virtud, lo más noble que hay en el alma.

Esa del vate ilustre canción primera  
 Es su patria, este suelo quien se la inspira.  
 ¿Quien no vé en nuestros prados, do Flora impera

---

(1) Esta preciosa poesia del ilustre y laureado poeta murciano, D. Ricardo Sanchez Madrigal, fué leida por su autor en la velada que se celebró en el Teatro Romea el día 19 de Marzo de 1882, en honor de Selgas. Pronunció el discurso de apertura D. Tomás Maestre; leyeron composiciones en verso y prosa los notables literatos, Sres. D. José Pío Tejera, D. Manuel Multedo, D. Miguel Gazque Llopis, Soriano Hernandez, Blanco, Tornel, Fuentes (D. Javier) y Acosta (D. Zacarias), cerrando el acto con breves palabras D. Olayo Diaz.

Las páginas sublimes que el mundo admira  
Del idilio que nombran «La Primavera»?

Aquí aspiró la esencia y oyó el secreto  
Lenguaje de las flores que de él supimos:  
Aquí por su modestia turbado y quieto,  
Contempló con humilde, santo respeto  
El laurel de la gloria que hoy le ceñimos.

Mas llegó para el triste, por fin, el día  
De escuchar de su fama gratos rumores;  
Y partió de aquí lejos. ¡Ah!. No sabía  
Que mayor amargura sufrir debía  
En un mundo distinto del de sus flores.

Ya no miró rendidos á los galanes  
Al halago amoroso de brisa inquieta,  
Ni á Laura despertando nobles afanes,  
Ni trocando en modestos soberbios planes,  
El clavel desposarse con la violeta.

Vió, en cambio, al más osado ganar la palma;  
Fingiose el bien estéril, el mal fecundo;  
Y perdió de otros tiempos la dulce calma,  
Al hallar sin sus flores desierto el mundo,  
Y al hombre sin virtudes, flores del alma.

Entonces indignado su canto brota  
En que de fé cristiana tanto alardea;  
Hace de ella acerada, brillante cota;  
Y al trabar con el siglo ruda pelea,  
Con su sátira acerba la faz le azota.

Y es que el poeta en el mundo cual nadie siente;  
Sueña un bién para el hombre que nunca existe;  
Y, renegando siempre de lo presente,  
Al remoto pasado se acoje triste,  
O en porvenir de rosas pone la mente.

La virtud lo alentaba, su hada divina,  
Su amante compañera desde la cuna;  
La que en visión celeste su alma imagina  
Que morir lo contempla sin mancha alguna,  
Y sobre su sepulcro la sién reclina.

Ese mármol que guarda su cuerpo inerte,  
Algo tiene por ella de altar y templo;  
Hoy que flores y llantos sobre él se vierte,  
Para norma de vida nos da un ejemplo,  
Si conseguir queremos honrada muerte.

Hijo digno de un pueblo noble y glorioso,  
Le ha legado la gloria de sus canciones;  
Le legó la nobleza de un nombre honroso.  
Juventud: esas sean las tradiciones  
Que conservar anhele tu pecho ansioso.

Y en honor á esta patria que al blando seno  
A sus hijos con lazos de amor sujeta,  
Muéstrate de esperanzas el pecho lleno:  
Quien se sienta con númen, luzca poeta;  
Quien tal dicha no logre, brille por bueno.

R. SÁNCHEZ MADRIGAL.



## PARTIDA DE NACIMIENTO DE SELGAS

«D. José García é Ibáñez, Dr. en Teología y Cura económico de la de S. Bartolomé de Murcia.—Certifico: Que en el libro once de Bautismos del archivo de dicha Iglesia, al folio ochenta y ocho vuelto, se halla la siguiente partida: En la ciudad de Murcia, en veinte y siete de Noviembre de mil ochocientos veinte y dos años, yo D. Mariano García Cortés, Pbro., con licencia del Dr. D. Fernando Esteban, Beneficiado y Cura Párroco de San Bartolomé de esta ciudad, bauticé y crismé solemnemente un niño, que dijo el Padrino haber nacido dicho día á las once de la mañana, y le puse por nombre Josef Facundo, Bartolomé, Antonio, hijo legítimo de D. Juan Selgas, bautizado en la parroquia de Sta. María de Folgueras, Obispado de Oviedo, y de D.<sup>a</sup> Josefa Carrasco y Serrano, bautizada en la parroquia de Castillejo, provincia de Toledo; abuelos paternos, D. Francisco Selgas Rablón, natural de Folgueras, y D.<sup>a</sup> Ana Méndez Altedo, de la expresada de Sta. María de Folgueras; los maternos, D. Luis Carrasco y D.<sup>a</sup> Francisca Serrano, ambos naturales de Vélez-Blanco. Fué su padrino D. José García Cortés, á quien advertí su obligación y espiritual parentesco: y en fé de ello lo firmé con dicho Sr. Cura.—Fernando Esteban.—Mariano García Cortés.—Corresponde con su original á que me refiero.—Murcia doce de Junio del año del sello (1857).—José García Ibáñez.»—Hay un sello parroquial.



Lápida que se colocó en la casa n.º 18 de la calle de Alfaro donde nació Selgas.

A LA GLORIOSA MEMORIA  
DEL INSIGNE POETA Y CELEBRADO SATÍRICO  
JOSÉ SELGAS,  
QUE NACIÓ EN ESTA CASA  
EL DÍA 27 DE NOVIEMBRE DE 1822,  
EL AYUNTAMIENTO DE MURCIA.



CARTA INICIANDO LA SUSCRIPCIÓN NACIONAL  
PARA IMPRIMIR LAS OBRAS DE SELGAS

«*Sr. D.....*»

»Muy señor nuestro: El SR. D. JOSÉ SELGAS Y GARRASCO, insigne poeta y escritor, honra de España, ha muerto pobre. Los que suscriben, deseosos de reunir y perpetuar las obras del ilustre literato, y de acudir en auxilio de su familia, han creído que el mejor medio para lograr uno y otro fin es promover una suscripción pública, cuyo producto se invierta en reimprimir, coleccionados, libros de tan relevante mérito. La nueva edición que de ellos se haga será propiedad de la viuda é hijos de Selgas, á los cuales se entregará también el remanente de la suscripción, si lo hubiere.

»Convencidos de que le será á V. grato cooperar á tan laudable propósito, esperamos que nos ayude á llevarlo á cabo, contribuyendo por su parte á la suscripción y procurando fomentarla.

»Las cantidades que se recauden se dirigirán á las oficinas del Sr. Fontagud Gargollo, Barquillo, 1 duplicado.

»Somos de V. atentos y seguros servidores Q. B. S. M.,

»Juan Ignacio, Cardenal Moreno, Arzobispo de Toledo.—El Duque de la Torre.—El Marqués de Casa Jiménez.—El Conde de Cheste.—D. el Duque de Pastrana.—El Marqués de la Vega de Armijo.—El Duque de Tetuán.

—Manuel Cañete.—Cándido Nocedal.—Claudio Moyano.  
 —El Conde de Canga Argüelles.—Manuel M. de Santa Ana.—Emilio Santillán.—Esteban Garrido.—A. de Carlos.—Tomás Rodríguez Rubí.—El Marqués de Molins.—A. Cánovas del Castillo.—Gaspar Núñez de Arce.—Antonio Romero Ortiz.—José Echegaray.—Manuel Tamayo y Baus.—Gabino Tejado.—José de Fontagud Gargollo.—Mariano Catalina.—Fernando Fernández de Velasco.—M. Menéndez Pelayo.—Pedro Antonio de Alarcón.—El Conde de Casa-Sedano.—Mariano Vázquez.—Aureliano Fernández-Guerra.—El Marqués de Vallejo.—Alejandro Pidal y Mon.—Marqués de San Gregorio.—Ramón Nocedal.—Antonio Arnao.—Emilio Castelar.—Manuel Alonso Martínez.—Práxedes M. Sagasta.—Isidoro Fernández Flórez.—El Conde de Orgaz.—El Conde de Guaqui.—Carlos Díaz Guijarro, Cura de la Parroquia de San Luis.—El Marqués de Valdeiglesias.—Alfredo Escobar.—Francisco Silvela.—José Ortega Munilla.—F. Pi y Margall.—Joaquín Martín de Olías.—Emilio Arrieta.—Benito Soriano Murillo.—El Conde de Velle.—El Marqués de Viluma.—El Marqués de Peñaflorida.—Antonio F. Grilo.—Antonio María Fabié.—José de Posada Herrera.—Arsenio Martínez de Campos.—El Marqués de la Habana.—Juan Guelbenzu.—El Duque de Villahermosa. »

## ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Dedicatoria . . . . .	IV.
Advertencia preliminar . . . . .	V.
I. Los tiempos de Selgas . . . . .	7
II. El poeta . . . . .	11
III. El novelista . . . . .	37
IV. El escritor satírico . . . . .	43
V. El hombre . . . . .	63
VI. La muerte de Selgas . . . . .	69
VII. Un sueño . . . . .	75
Ilustraciones . . . . .	79
Sonetos inéditos de Selgas . . . . .	81
Selgas autor de obras teatrales . . . . .	97
Poesías en honor de Selgas . . . . .	101
Partida de nacimiento de Selgas . . . . .	111
Lápida conmemorativa . . . . .	113
Carta iniciando la suscripción nacional . . . . .	115



## ERRATAS QUE SE HAN NOTADO

PÁGINA	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
8	5	Bryon	Byron
10	8	y otros al Mónstruo	y otros detestaban al Mónstruo
48	23	el Padre Cobos	«El Padre Cobos»
50	4	El padre Cobos	Id.
50	15	el Padre Cobos	Id.





